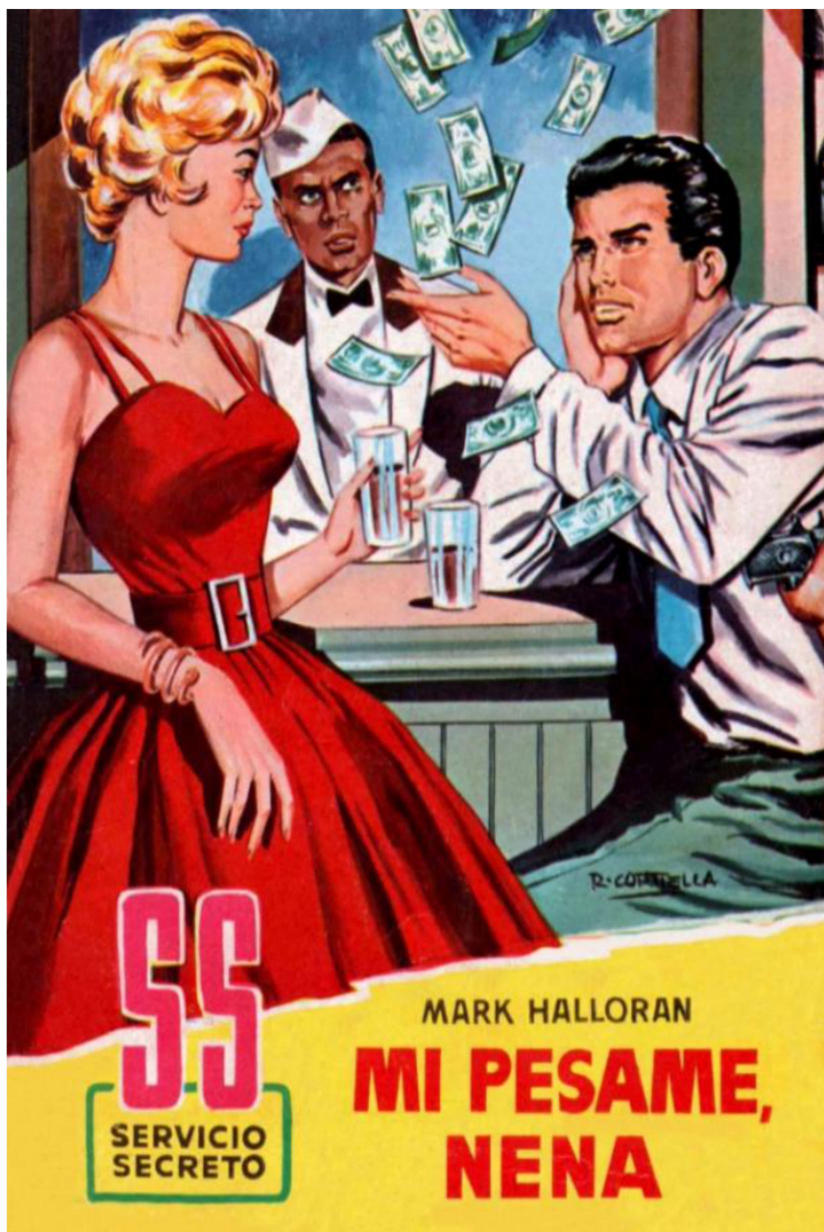

R. CORTIELLA
SS
SERVICIO SECRETO
MARK HALLORAN
MI PESAME, NENA

MARK HALLORAN

Mi pésame, nena

1.ª EDICIÓN
SETIEMBRE-1959



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 10.658 – 1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
312. — ¡Volad, insectos de plomo! 480. — El hombre de Dodge. 603. — Johnny ha vuelto.

En Colección BUFALO:
61. — Ha llegado un hombre. 198. — Jinetes en el cielo. 305. — El frío de la tumba.

En Colección SERVICIO SECRETO:
465. — Negro es el abismo. 468. — Barrio francés. 473. — Obligado a morir.

En Colección CONGO:
4. — Los diamantes de Kwan.

MI PÉSAME NENA

POR MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

La rubita se lamentó:

—¡Qué calor! ¡Qué noche de bochorno!

Chapman, muy serio —siempre estaba muy serio, probablemente adrede, para compensar el efecto un poco cómico que causaba su cara de niño—, sacó del cubo de hielo la botella de champaña y se la derramó a la rubita por la cabeza. Ella, primero lanzó una exclamación de sorpresa indignada. Luego se echó a reír. Abrió la boca para recoger el fresco líquido que manaba a borbotones y que se le escurría por las mejillas, el cuello, los hombros, el escote.

Cuando la botella estuvo vacía, él preguntó:

—¿Te sientes mejor ahora?

Y llamó al camarero para pedir una botella nueva.

—Anótala con un veinte por ciento de recargo —dijo el *maître* al cajero—. Se lo merece por imbécil: era «Ruban Rouge del cuarenta y nueve». Lástima de líquido para rociar a una pájara como ésa.

—Depende —respondió el cajero, pensativo.

—¿Depende de qué?

—Puede que no la hayas mirado bien, Pierre. Yo sí. Fíjate en ella ahora.

Pierre, el *maître*, posó su ceñuda mirada en la mesa que ocupaban Chapman y la rubita. Ésta se había puesto en pie y se secaba el rostro con una servilleta, sin dejar de reír. El champaña había empapado la mitad superior de su ligero vestido de noche, pegándoselo al cuerpo.

—Me fijo, ¿y qué? La conozco de sobra. Antes de reírle las gracias a ese americano se las reía a un banquero turco, y antes a un diplomático venezolano, y antes a un industrial italiano, y antes…

—Todo eso no se ve —le interrumpió el cajero—. Sólo te digo que si yo tuviera el dinero de Chapman, haría lo mismo que él, y más aún. Llenaría de champaña una piscina y metería a esa muñeca en ella hasta el cuello, y puede que me echase de cabeza detrás.

—Habrá como para llenar una piscina con todo el que se beberá aquí antes de que esto acabe.

—¡Magnífico! El dinero se ha hecho para que circule. Si lo guardase en casa debajo de una baldosa, como hacía mi padre, el año próximo vale la mitad; si lo metes en un Banco, otros se aprovechan de él. A mí que me den un tipo como Chapman; ¡oh! y que se lo den al patrón: a ser posible uno cada noche. No habría a la hora del balance de fin de temporada las malas caras que suele haber.

Un reportero gráfico hacía destellar su «*flash*» en el lado contrario de la terraza. Pierre, pensó que, por supuesto, las revistas ilustradas se ocuparían extensamente de la fiesta y que al cajero no le faltaba razón. El dinero debía circular, sobre todo si dicho dinero eran dólares; y un Chapman cada noche representaba un balance triunfal a fin de temporada.

Todas las *starlets* del Festival estaban allí. Y no pocas de las grandes figuras. A Pierre le había sorprendido; a fin de cuentas Keith Chapman no era nadie. Un perfecto desconocido que aquel año visitaba Cannes por primera vez. Se decía que era alguien en las alturas de Hollywood, pero no se decía nada más. ¿Era cierto? Alquilar el «Belair Club» para dar una fiesta particular en un momento en que las delegaciones cinematográficas de todos los países prodigaban sus recepciones, significaba arriesgar una fortuna sin la menor garantía de que asistieran ni media docena de personas. Pero Chapman la había arriesgado —pagando por anticipado buena parte de ella, pues el gerente del «Belair» lo era todo menos tonto—. Sin embargo, la fiesta constituía un éxito. ¿Por —qué había hecho Chapman tal cosa?

Pierre no se dejaba engañar. Tenía olfato. Había vivido mucho, conocido a mucha gente y presenciado durante largo tiempo y en toda clase de circunstancias las expansiones del gran mundo internacional; cinco años en el «Eclair» de París, diez en el «Sporting» de Mónaco y diez más en el «Belair» de Cannes. Por ello no le gustaba Keith Chapman. Era una razón puramente instintiva,

ilógica, irracional. Aunque Chapman tuviera anclado en el muelle un yate de lujo.

Y aunque pagara por anticipado.

¿Por qué?

Eran las dos de la madrugada. Los invitados se habían emborrachado como suele hacerlo la gente de cine cuando es otro quien paga la bebida. El recinto al aire libre del «Belair», resguardado por pinos y palmeras, desbordaba de risas, de chillidos de mujer. La música sonaba estridente. Las *starlets* se contoneaban en la pista soñando con ser cada una, una nueva Abbe Lane, o prodigaban sonrisas esperanzadas y besos interesados. Las grandes figuras empezaban a perder el dominio.

Fue entonces, después de las primeras copas de la nueva botella de champaña, cuando Chapman propuso a la rubita:

—Vámonos.

Ella le miró con ojos turbios. Casi todo el champaña servido en la mesa se había ido a parar a su estómago.

—¿Marcharnos? ¿A dónde?

—Al yate.

—¡Pero Keith, si esto está en lo más divertido! ¡Y eres tú quien invita! ¿Qué dirán si te vas?

El rostro infantil de Chapman se contrajo en una mueca.

—¿Tú crees que hay alguien aquí capaz de notar que me he marchado?

—¡Sí!

—No. La mayoría conocen mi dinero, pero no me conocen a mí; como a ti misma, es mi dinero, no yo, lo que les importa.

La muchacha se restregó la frente como pretendiendo aclararse el cerebro. Reía. Por reír.

—¡Keith, qué cosas tienes!

Él se puso en pie. Parecía más serio que nunca.

—Vámonos.

—Se marcha —dijo significativamente el cajero, al otro extremo de la sala—. ¡Con su muñeca, naturalmente…! El juguete que a mí me gustaría pedirle a Papá Noel.

Pierre se encogió de hombros desdeñosamente.

—Sí, uno de esos juguetes vistosos por fuera y averiados por dentro. Mírala cómo anda.

A la rubita no la sostenían las piernas. Caminaba soltando carcajadas, fuertemente asida al brazo de Chapman, y dando traspiés.

—«Ruban Rouge del cuarenta y nueve» —señaló el cajero, burlón—. Tónico para el estómago, higiénico para el hígado, estimulante para el riñón. Mañana se sentirá como nueva…

—Cállate.

—¿Qué te pasa?

—Deben haber dejado más de media botella en el cubo de hielo. Si cierras el pico habrá una copa para ti.

El cajero cerró el pico.

Fuera, Chapman metió a la rubita en su «Cadillac» y se sentó ante el volante. Riendo y canturreando, la muchacha se arrimó lo más posible a él y apoyó la cabeza en su hombro.

El coche arrancó majestuosamente y descendió, a través de la población, hacia el muelle de yates.

La rubita estaba medio dormida cuando llegaron. Chapman no, pese a lo cual no prestó la debida atención al «Bentley» negro estacionado a corta distancia de su blanco y esbelto buque; y aunque se la hubiera prestado hubiese estado probablemente muy lejos de adivinar que la presencia del «Bentley» significaba para él el principio del fin.

La muchacha tuvo parte de culpa, porque no podía ni andar.

—¡Eeeepa! —reía, tambaleándose, entornados los párpados—. ¡Ojo, Keith, que me voy, que me caigo! ¡Ojo!

Él la tomó en brazos y, no sin dificultad, la llevó a bordo por la pasarela. La rubita le tiraba de las orejas y tarareaba una canción italiana cuando entraron en el salón principal del yate.

Las luces estaban encendidas.

Chapman depositó a la rubita en una butaca y oprimió un timbre para llamar al camarero.

No acudió nadie.

Volvió a llamar. Nadie.

Se asomó a la toldilla, anduvo unos pasos hacía proa, otros hacía popa. Nadie.

—¡Wilkins! —exclamó—. ¿Dónde diablo os habéis metido? ¿Quién está de turno? ¡Jean! ¡Pío! ¡Paolo!

Nadie.

«De modo que es eso lo que hacen cuando estoy ausente —pensó—. Abandonar el barco, largarse por ahí a pendonear… ¡Oh! claro está, no contaban con que regresara tan temprano. Muy bien, pagarán cara la broma».

Retrocedió al salón.

La rubita, hundida en la butaca, cantaba y movía las manos como dirigiendo una imaginaria orquesta. La contempló unos momentos y poco a poco la expresión malhumorada desapareció de su rostro de niño.

Fue al bar y tomó una botella de *whisky*. La miró titubeando. Luego optó por evitar las mezclas y, tras devolverla a su sitio, abrió el frigorífico para sacar una botella de champaña.

—El *whisky* estaba bien —dijo entonces alguien. Chapman giró en redondo y se quedó inmóvil como una estatua—. Sirve cinco copas, muchacho. La mía con hielo abundante.

Cuatro hombres habían entrado procedentes de la toldilla. Tres eran muy jóvenes; dos de ellos iban armados con pistolas, el tercero con una «Thompson». El cuarto no llevaba armas. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de su elegante traje azul noche y sostenía un cigarrillo entre los labios, entornando un poco el ojo izquierdo para que no le molestase el humo. Su cabello rubio clarísimo, casi blanco, estaba cuidadosamente peinado y planchado. Su grave voz de bajo había sonado modulada como la de un locutor de radio o un actor.

Chapman los miró a los cuatro con una expresión de aterrorizada sorpresa, como si se hallara ante seres de otro mundo.

La rubita, por su parte, cesó de cantar. Su mirada vidriosa pasó alternativamente de Chapman al recién llegado y del recién llegado a Chapman.

Éste, después de tragar saliva, consiguió decir:

—No te esperaba, *Dandy*.

—¡Oh, por supuesto que no! —exclamó el hombre. La risa hizo bailar el cigarrillo entre sus dientes—. Si hubieras tenido el seso necesario para prever que vendría, no habrías cometido tantas estupideces. Anda, sirve el *whisky*… En tu vaso pon ración doble.

La rubita preguntó:

—¿Qué pasa, Keith?

El hombre la miró, arrugando la frente. Respondió antes qué

Chapman:

—No te inquietes, paloma. Son solamente los preparativos de un doble funeral.

—Francamente, *Dandy*, yo… —La voz de Chapman temblaba—. No me gusta esta clase de bromas. Si has venido para hablar conmigo deja a la chica en paz y prescinda de todo ese teatro.

—No he venido para hablar, Keith. Sirve el *whisky*.

—¡Vamos, *Dandy*!

—¡Hazme el favor! Bastante trabajo nos ha dado reducir sin armar escándalo a tu batallón de criados y marineros. Los chicos necesitan un trago, yo lo necesito, y tú lo necesitas más que todos nosotros.

Chapman, lívido el rostro, cerró los ojos. En el primer instante había dudado, pero ahora estaba seguro de lo que le esperaba. Por algo el «batallón de criados y marineros» no habían dado, en respuesta a sus llamadas, señales de vida. Los cuatro hombres no se habrían tomado en vano tantas molestias.

Miró en torno como una rata acorralada.

Súbitamente se descompuso, le entró el pánico, su rostro infantil reflejó una angustia indescriptible.

Tembloroso, emitiendo sordos gemidos, cogió la botella de *whisky*.

—¿Por qué ha dicho eso de un funeral, Keith? —preguntó, desconcertada, la rubita.

Chapman arrojó la botella, contra el hombre, acompañándola de un grito histérico, y de un salto se apartó del bar y echó a correr a lo largo de la pared.

La botella pasó a más de dos metros de su objetivo, se estrelló contra el suelo y salpicó en derredor una lluvia de *whisky*. *Dandy*, que no había hecho el menor ademán de evitarla, se quitó el cigarrillo de la boca y señaló con él al fugitivo.

A sangre fría, imperturbable, el muchacho de la «Thompson» comenzó a disparar. Hubo un formidable estruendo. El reguero de balas persiguió a Chapman, le cazó y le achicharró, derribándole al suelo convertido en un harapo humano.

El estruendo cesó, pero el aire del salón semejó quedar vibrando.

La rubita se alzó de la butaca, boquiabierta. Tenía el aspecto de la persona que cree estar presenciando la quema de un castillo de

fuegos artificiales y descubre de pronto que se trata de un bombardeo atómico. Quiso evidentemente gritar, aunque de su garganta no brotó el menor sonido.

—Fuera testigos, Larbi —dijo el hombre, sonriendo.

Su cigarrillo señalaba implacablemente a la rubita.

La «Thompson» volvió a rugir.

—Está bien. Vámonos, pronto. Dentro de un minuto habrá aquí quinientos entrometidos.

El muchacho abatió el cañón de la metralleta y se pasó el dorso de la mano por la boca. Fue el último en salir del salón, fija la mirada en los dos cadáveres ensangrentados.

El cuarteto avanzó a paso vivo por la toldilla del yate, descendió por la pasarela y corrió hacia el «Bentley» negro. En aquel momento, no lejos de allí, sonaba el silbato de un policía. Luces, movimiento y voces se percibían a bordo de las inmediatas embarcaciones de recreo. Dos hombres acudían desde un quiosco de bebidas instalado en el muelle.

El «Bentley» arrancó con las luces apagadas, pasó ante los dos hombres y se alejó a enorme velocidad. Esto fue lo único que pudieron declarar, más tarde, cuando la policía interrogó a los posibles testigos del doble asesinato: un «Bentley» negro desapareció en la noche. ¿Matrícula? Invisible. ¿Cuántos ocupantes? ¡A saber!

«Testigos fuera», había dicho el hombre de cabello rubio-blanco.

Max Callaghan, un americano alto que se hospedaba en el «Hotel Esterel Palace», recibió la noticia por teléfono una hora después. Le contaron con bastante detalle cómo un grupo de pistoleros desconocidos había subido a bordo del yate y, cubiertos los rostros por pañuelos, encerraron a la tripulación sin desperdiciar un gesto o una palabra; cómo el grupo había esperado el regreso de Chapman y acribillado a éste y a la mujer que le acompañaba, con dos cortas ráfagas de metralleta, para huir en un «Bentley» negro, sin luces.

Un grupo. ¿Cuántos hombres? Nadie lo sabía.

Alguien había creído observar. —Wilkins, el mayordomo del yate—, que uno de los asesinos, elegantemente vestido de azul, tenía el cabello de un rubio casi blanco. Bueno, ¿quién? No. No conocía a nadie con semejante cabello. No. A nadie relacionado con

el difunto Chapman.

Max Callaghan, el americano del «Esterel Palace», escuchó con los labios distendidos en una extraña mueca. Tomó algunas notas. Luego dio las gracias a su informante, cortó la comunicación y llamó a la centralilla del hotel pidiendo conferencia con un número de Washington, Estados Unidos.

Al otro lado del Atlántico, en la capital americana, el teléfono tintineó en el despacho 1023 de un gran edificio próximo a la Casa Blanca. Aquel despacho lo ocupaba un hombre corpulento, de rostro enérgico y cabellos grises; que estaba examinando una carpeta de documentos cuando el tintineo, sonó.

—Tanta simplicidad era imposible —le dijo Max Callaghan desde su habitación del hotel, en Cannes, a orillas del Mediterráneo —. He llegado tarde. A Chapman le han matado hace poco más de una hora.

El hombre cerró lentamente la carpeta.

—Max, no habrás dado un paso en falso.

—No lo sé. Realmente, no he tenido tiempo de darlo, como no sea haberme presentado al comisario Cesson, cenar y encerrarme en mi cuarto a estudiar los informes; es cuanto he hecho desde que bajé del avión. Chapman daba esta noche su famosa fiesta íntima. Estoy por creer, Matt, que el tipo se había vuelto loco.

—Y que sus socios han pensado lo mismo.

—¡Cómo no! Te digo, que tanta simplicidad era imposible. A no ser que la policía francesa pesque a los pistoleros, habrá que volver a empezar partiendo de otra base. Escucha lo que ha pasado.

—Acuérdate de Spartopoulos —dijo únicamente el hombre cuando el relato terminó.

—Qué remedio —asintió Callaghan—. Hasta otra, Matt.

Había hablado, tendido en la cama. Se levantó de ésta, tomó un vaso vacío que tenía en la repisa de la cabecera y trasladóse al contiguo gabinete. Las ventanas, abiertas, daban al mar. Sobre una mesa había cierto número de folios mecanografiados y una bandeja con botellas, hielo y más vasos.

Se preparó un *highball* y manoseó pensativo los papeles.

Descolgó el teléfono del gabinete y marcó un número.

—Con la señorita Mills.

—Lo siento, señor —respondió una voz profesionalmente cortés

—. La señorita Mills no recibe comunicaciones.

—Ésta la recibirá. Es de Max Callaghan, su abogado.

—Imposible, señor —insistió la voz—. Por otra parte, la señorita Mills no ha regresado aún al hotel.

—Muy bien. —Callaghan bebió un sorbo y consultó su reloj—. Anote el nombre y el recado. Estoy en el «Esterel Palace». Ella me llamará cuando llegue. Anote; Callaghan, «Esterel Palace», urgente.

Colgó.

Terminó de beber su highball mirándose al espejo, estudiando la imagen que éste le devolvía. Era la de un hombre alto y fuerte, pero sin corpulencia, a la manera de un felino; un hombre de rostro enjuto y moreno, de líneas tensas y agudos ojos, con una hilera de dientes muy blancos asomando entre los labios, que dibujaban una vaga e irónica sonrisa; un hombre de expresión hermética, sin rastro de calor humano, que hasta cierto punto parecía metido dentro de sí mismo como en una funda.

La imagen de Max Callaghan, del Servicio Secreto de la Tesorería de los Estados Unidos…

CAPÍTULO II

Llamaron a la puerta.

Callaghan se levantó perezosamente y, conservando en la mano el folio que leía, fue a abrir.

Había respondido a la llamada de una manera mecánica, sin reflexionar, absorto en sus pensamientos. No tenía la menor idea acerca de la persona que pudiera hacer sonar el zumbador; casi no tenía idea ni de que pudiera hacerlo una persona. Llamaban, abría: nada más.

Era una mujer.

Le miró calculadoramente desde el umbral.

—¿No me invita a pasar, señor Callaghan?

Él no la invitó. Iba, simplemente, a cerrar de nuevo la puerta cuando su instinto le avisó de que no estaba ante una vulgar aventurera de hotel.

Preguntó:

—¿Por qué habría de hacerlo?

Ella, había hablado en inglés, con leve acento extranjero, probablemente alemán. Su vestido blanco estampado en rojo tenía el sello inconfundible de París. Era rubia, distinguida, elegante, correcta, fría y asombrosamente bella. Su perfume se insinuaba apenas. Sus ojos azules miraban de frente. Tenía todo lo que una mujer ha de tener, admirablemente bien colocado y con un suplemento de sensualidad latente que sugería la imagen de un volcán en un paisaje ártico, y sin embargo, no era su intensa femineidad lo que importaba.

Callaghan así lo intuyó. Pero entender qué era lo que en la mujer importaba, esto le resultó imposible. Había un enigma en el azul polar de aquellos ojos fijos en los suyos.

La mujer declaró con perfecta calma:

—Si es usted quien yo supongo, si ha venido a Cannes por lo que

imagino, un breve cambio de impresiones nos servirá de mucho a los dos. Lamento abordarle de este modo, pero me ha parecido más seguro que citarle por teléfono y reunirnos en algún lugar fuera del hotel.

Él se apartó al fin de la puerta para que ella entrase.

—Temo que se equivoque.

—Es posible.

Cerró la puerta. Contempló cómo la mujer se adentraba en el gabinete, caminando con la gracia y el aplomo de una maniquí profesional.

—¿Quién supone usted que soy?

Ella le sonrió, deteniéndose junto a la mesa.

—Lo que en América llaman un T-man.

Callaghan avanzó también hacia la mesa. Su rostro inexpresivo no lo daba a entender, pero estaba desconcertado.

—A usted la envía alguien.

—¡No, no, por favor, no me atribuya segundas intenciones ni forme hipótesis prematuras! Seré clara y concisa. Incidentalmente, me he enterado de que podía usted ser un detective de la Tesorería americana venido a Cannes para vigilar o quizá para detener a Keith Chapman. Cuando hace poco he sabido que Chapman había muerto asesinado, me he decidido a visitarle. He tenido que ingeniármelas para colarme en el hotel…

Callaghan suspiró.

—Está bien, siéntese. ¿Quiere beber algo?

La mujer continuó en pie frente a él.

—No, gracias. Es sólo un momento.

—¿Quién le ha dicho que soy un T-man y que he venido por Chapman?

—¿Lo es o no lo es?

Él sacudió la cabeza.

—Por ahí no vamos a ninguna parte. No formo hipótesis prematuras, pero tampoco suelo abrir mi corazón a las desconocidas que se introducen en mis habitaciones de madrugada. —Recogió los folios que se hallaban sobre la mesa, con objeto de retirarlos de la vista—. Sea uno un

T-man,
sea un comerciante, sea un turista, tener quieta la lengua ante las mujeres bonitas es una norma de prudencia elemental.

Ella hizo un gesto nervioso.

—No se fía de mí.

—Ni pizca.

—Señor Callaghan, he venido a hacerle una proposición. Si es usted un
T-man,
está en Cannes porque se ha descubierto que Keith Chapman distribuía billetes americanos falsificados. Naturalmente, la misión de usted consiste en averiguar la procedencia de esos billetes, y yo creo poder facilitársela.

—¿A cambio de qué?

La mujer titubeó.

—Si la persona responsable de la falsificación lo es también del asesinato de Chapman, ¿será condenada a muerte?

—Probablemente.

—Bien, eso es lo único que pido; que sea condenada.

Callaghan se preparó un nuevo *highball* cachazudamente. La costra glacial no se había roto, pero el volcán acababa de poner su seno de lava al descubierto: una risa de salvaje pasión había vibrado por un instante en el tono de la mujer.

—Usted debe odiar a esa persona.

—Naturalmente, no es el cariño lo que me induce a pedir que la condenen a muerte.

—¿Quién es?

—No puedo decírselo todavía.

—¿Y quién es usted?

—No tenga prisa, señor Callaghan. Por el momento soy alguien que quiere asegurarse de que no comete con usted un error de identidad, antes de dar uno de los pasos más importantes de su vida. ¿Qué hará usted a las ocho de la mañana?

—Dormir.

—He calculado que a esa hora podré contestar a todas sus preguntas. Y no sólo a las suyas: también a las que me estoy haciendo a mí misma desde que he sabido que Chapman ha muerto.

—¿Acaso pretende vengarle?

—¿A Chapman? —rió tranquilamente la mujer—. ¡Oh, no! Keith Chapman me tenía sin cuidado. —Hizo ademán de retroceder hacia la puerta—. ¿Le conviene a las ocho, señor Callaghan?

—Un minuto. —Callaghan examinaba pensativo el contenido de su vaso—. Si no he entendido mal, usted conoce la identidad de la persona responsable de la falsificación de dólares y del asesinato de Chapman. Ha sido la muerte de éste, es decir, la posibilidad de que aquella persona fuera condenada a la última pena lo que le ha sugerido la idea de denunciarla. Si Chapman no hubiera muerto, si la persona en cuestión no mereciera por su delito más que unos años de cárcel, usted no hubiera dado el paso que ahora da.

—Ha entendido perfectamente; salvo que yo no conozco todavía la identidad de esa persona: creo conocerla, no estoy segura. Y ojalá no me equivoque.

—¿Es la persona a quién ha oído decir que yo soy un agente de la Tesorería?

—Le ruego que no me haga más preguntas. No, en este momento. ¿Conoce usted bien Cannes?

—A medias.

—¿Conoce el Café del Comercio?

—Me parece recordarlo.

—A las ocho nos encontraremos allí; digamos en una de las mesas de la parte derecha de la sala. A esa hora apenas habrá nadie.

La mujer se dirigió a la puerta.

Encontró a Callaghan, sonriente, el vaso en la mano, interceptando su camino. Él preguntó:

—¿En qué mundo encantado vive usted, princesa?

Ella notó enseguida que su actitud, hasta entonces grave y atenta, había experimentado un cambio radical. Se detuvo y le miró con recelo.

—¿A qué se refiere?

—¡Oh! parece usted muy bien acostumbrada: pregunto esto, digo lo otro, ordeno lo de más allá, y los hombres a sus pies, complaciendo sus deseos, contestando a todo que sí, que sí, que sí… Bien, lamento decirle que yo no he entrado en el juego todavía.

—No le comprendo, señor Callaghan.

—Ni yo a usted. Si ha pensado salir de aquí llevándose sus románticos secretos consigo es menos inteligente de lo que,

aparenta.

—Pero…

—No, princesa. Yo no establezco pactos condicionales, ni cuando la tengo a mano dejo que se me escape una información. Si ha sido sincera, y le hago el honor de creer que sí lo ha sido, está usted casi convencida de que determinada persona ha matado a Chapman y pretende hallar pruebas de ello, o una evidencia razonable, antes de las ocho de la mañana. Pues no hará usted tal cosa. Este negocio es demasiado arriesgado para que usted lo maneje. De ahora en adelante voy a manejarlo yo.

La mujer respiró profundamente.

—Lo siento, señor Callaghan. No puedo acceder a sus deseos.

—¡Descienda de las nubes! Tengo cincuenta maneras de obligarla, desde entregarla a la policía hasta forzarla por mí mismo a hablar. Estamos solos en esta habitación, y he sido educado en una escuela en la que se prescinde de la caballerosidad, de la compasión y de cualquier sentimiento civilizado, si constituyen estorbos para alcanzar un objetivo.

Ella sostuvo su mirada. Luego, lenta y deliberadamente, se bajó un tirante del vestido.

Él dijo con burla:

—Puede ahorrarse el «*striptease*». En mi escuela se prescinde también de esos sentimientos.

Al instante comprendió, que su burla estaba fuera de lugar.

—Mire. —La mujer le mostraba una cicatriz en forma de uve que tenía en el pecho—. Llevo encima diez más como ésta. Me las hizo un hombre que había aprendido a prescindir de los sentimientos civilizados, a pesar de lo cual no alcanzó el objetivo que se había propuesto. Ahora, ¿me permite salir? ¿O prefiere probar suerte?

Callaghan se mordió los labios.

—¿Quién es usted?

—No empecemos de nuevo, por favor.

—Trato únicamente de no meterme en un callejón sin salida. Es cierto que he venido a Cannes para echarle la mano a Keith Chapman, y ya ve: le han matado y me han cortado el paso en seco. No quiero que con usted me suceda lo mismo.

—Yo estoy prevenida, descuide.

—¡Infiernos! —exclamó él, impaciente—. ¿Qué tiene usted por cabeza? ¿Un adoquín?

—Señor Callaghan, este asunto es para usted uno de tantos, un trabajo más entre los muchos que ejecuta en su profesión. Para, mí, ¡entiéndalo! es la clave de mi vida. No cometeré ningún error, no confiaré en nadie, ni siquiera en usted; sé que si desprecio esta ocasión nunca más veré presentarse otra. Vuelvo, pues, a rogarle que no insista y me permita salir.

Callaghan, encogiéndose de hombros, se apartó a un lado.

—Conforme, márchese. Usted gana. Si ha de halagarla, le diré que es la primera vez que me rindo a una mujer; me consuelo pensando que merece la victoria.

—Eso me deja indiferente. —Ella anduvo hacia la puerta, con aplomo, alta la cabeza, balanceando majestuosamente las caderas —. Mezclar el sexo en la cuestión es un empeño infantil, propio acaso de la mentalidad norteamericana. A efectos prácticos lo mismo daría que fuera yo un hombre. A las ocho en el Café del Comercio, señor Callaghan: y deséenos suerte a los dos.

El timbre del teléfono rompió a sonar.

—Lo único que deseo —replicó Callaghan—, es volver a verla viva.

Permaneció inmóvil, cejijunto, mientras la mujer abría la puerta, le saludaba con la mano y desaparecía. Luego fue al teléfono y descolgó el aparato.

—¿Max? —preguntó una voz femenina—. ¿Qué lío es ése de que te has convertido en mi abogado? ¿Y por qué milagro estás tú en Cannes?

El entrecejo de Callaghan se desarrugó. Dejándose caer en un sillón, cerró los ojos y permitió que la hermética expresión de su cara se distendiera en una sonrisa.

—Cuando Geraldine Mills ganaba un puñadito de dólares cada semana anunciando en la televisión cremas dentífricas —respondió —, bastaba con decir que uno era un amigo para que ella contestara al teléfono. Ahora que Hollywood la ha lanzado, hay que inventar mentiras y pedirlo por favor.

—¡Pero Max, qué sorpresa! ¡Eres realmente tú!

—El mismo. De ti no puede decirse otro tanto.

La voz femenina replicó con vehemencia:

—Ven a verme. Ahora, enseguida, no importa la hora. Acabo de regresar de una horrible fiesta, y el saber que tú habías llamado me ha hecho el efecto de un soplo de aire puro. Ven, Max. Tengo un millón de cosas que contarte…

Él continuaba sonriendo, cerrando los ojos, hundido en el sillón.

—Reflexiona, Gerry.

—¡No digas tonterías! ¡Ven!

—Leí en los periódicos que piensas casarte con un tipo de postín. Pregúntale antes lo que va a parecerle mi visita.

—Se lo preguntaré cuando sea mi marido. Hasta este momento sigo siendo dueña de mi vida privada, y si a él no le gusta, que se trague el disgusto. Ven.

—No, gracias, Gerry. Si realmente quieres verme, dos manzanas más arriba de tu hotel hay un bar, o por lo menos lo había la última vez que estuve en Cannes, que suele permanecer abierto toda la noche; un bar americano, Floyd's o un nombre así. Te espero dentro de veinte minutos.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

—Iré, Max.

Callaghan depositó el teléfono en su soporte y apuró de un trago el contenido de su vaso de *whisky*.

¡Una cita de madrugada con Geraldine Mills!

Era agradable pensar en la de miles de individuos que le envidiarían si lo supieran; miles de individuos a quienes Geraldine había hecho soñar desde la pantalla en un mundo de aventuras equívocas y curvas peligrosas.

En un año había ella rodado cuatro películas. Las tres primeras fueron prohibidas en todo el mundo a los menores de edad. La cuarta acababa de ser presentada en el Festival de Cannes.

Y sin embargo, ¿qué? Max Callaghan la conocía bien: una chica como tantas que uno invita a pasar el rato los sábados por la noche en cualquier *dancing* de la Tercera Avenida; el resto, retoque y propaganda.

CAPÍTULO III

Estaba cansada, pero contenta. Entró con paso vivo, ondeando al aire su estola de gasa azul, luciendo en el rostro la misma sonrisa con que dos años antes acudía a sus citas, siempre a deshora, en los pequeños bares cercanos a Times Square…

Si había ido a la fiesta, habíase mudado de vestido después. Su sencillez era, pensó Callaghan, una estudiada concesión al recuerdo de tiempos pasados.

Ella le echó los brazos, al cuello y le besó en ambas mejillas con la desenfadada exuberancia que Hollywood consideraba de buen tono con los viejos amigos. Él la levantó asiéndola por la cintura y la instaló en un taburete.

—¿Qué quieres beber?

El barman negro miraba, boquiabierto de asombro. Exclamó:

—Usted es… ¡Perdóneme! Usted es Geraldine Mills…

—Su doble —dijo ella—. Un zumo de naranja, por favor. ¡Oh, Max, qué estupendo que estés aquí! ¡Qué estupendo!

—¿Por qué?

—Tú me conoces. Ya sabes por qué lo digo.

Él sacudió negativamente la cabeza.

—No, Gerry. Conocí a una muchacha que más o menos se parecía a ti, salvo que no hubiera sido capaz de embarcarse en lo que tú te has embarcado.

—Aquella muchacha sigo siendo yo.

—He visto tus películas —dijo él significativamente.

—¡Oh, bueno! La vida la arrastra a una de acá para allá, ¿qué importa? Las cosas resbalan sobre la piel.

—¿Se llama Phelps tu futuro marido?



¿Se llama así tu futuro marido?

2 — PÉSAME

—Wilbur Phelps.
—¿Cuántos millones?
—¡Qué sé yo!
—Un próspero agente de Bolsa de Los Ángeles, ¿no es así?
El negro sirvió respetuosamente el zumo de naranja y Geraldine

le obsequió con una luminosa sonrisa.

—Sí, Max, un agente de Bolsa.

—Con clientes tan buenos como Keith Chapman.

—¿Chapman? —repitió ella distraídamente—. ¿Es cliente suyo? Puede ser, Max. Se conocen.

—Es cliente suyo. ¿Has estado esta noche en su fiesta?

—¡Oh, sí, qué aburrimiento! Todas son iguales. Max, me acuerdo de una vez… Apenas te conocía entonces. Nancy Howard, la que trabajaba conmigo en la televisión, celebró su cumpleaños y me dijo que llevara a un amigo. ¿Te acuerdas? Vivía en Brooklyn con sus padres y había colgado farolillos en el jardín. ¡Cuánto echo de menos aquello! Bebí demasiado y tú me llevaste a casa…

—¿Conoces bien a Chapman?

—Sólo desde que llegué aquí. Anteayer nos invitó a Wilbur y a mí a su yate… Juré que no volvería; por Wilbur, claro.

—¿Por qué por Wilbur?

—No me gustan las bromas de Chapman, suponiendo que sean bromas; y si no lo son, menos. —Wilbur, el pobre, es muy paciente, y además no se da cuenta de ciertas cosas, pero no consiento que Chapman se crea con derecho a ponerle en ridículo. Tú no conoces a Wilbur, ¿verdad, Max?

—No.

—Te gustará.

—Lo dudo. Pero es Chapman quien me interesa. ¿Qué se dice de él entre la gente de cine?

—¿Tú sabes lo que es un caballo blanco?

—El primo que pone su dinero en un espectáculo siendo ajeno al negocio, generalmente llevado de la nariz por una mujer.

—Pues eso. Hollywood está por los suelos y los productores independientes registran cielo y tierra en busca de capital. Aquí, en Europa, parece que ocurre casi lo mismo. Hay una verdadera conspiración para cazar a Chapman y exprimirle, y él creo que está dispuesto a que le cacen. Ha caído en Cannes como una bomba. ¡Con decirte que nadie ha faltado a su maldita fiesta!

—Ni siquiera tú, a pesar de lo que ocurrió en su yate.

—¿Qué quieres? Una tiene sus compromisos. Y a Wilbur le hubiera escamado que me negara a ir.

Callaghan, meditabundo, se pellizcaba el labio.

—Llámale y pídele que venga —dijo de pronto.

Geraldine se sobresaltó.

—¿Llamar a quién? ¿A Chapman?

—A Wilbur Phelps.

—¡Pero Max! ¡Oh, Dios mío, moriré de vieja sin haber entendido a los hombres! ¡Me citas, nos vemos después de una eternidad, y no haces más que hablar de Wilbur y de Chapman, y ahora quieres que venga Wilbur! ¿No comprendes que estoy harta de todo eso y necesito respirar un poco? ¿No ves que…?

—Lo siento, Gerry —dijo él tranquilamente—. Cuando te he citado pensaba solamente en mí.

—¿Y qué?

—¿No te has enterado de la noticia?

—Ya sabes que no me entero nunca de nada.

—Keith Chapman ha sido asesinado en su yate. Yo he venido por su causa a Cannes; he llegado a primera hora de la noche, enviado por la Tesorería de los Estados Unidos. Chapman había estado pasando en gran cantidad billetes americanos falsificados.

La muchacha se quedó pasmada.

Luego extendió la mano hacia su copa de zumo de naranja, pero en lugar de tomarla y beber, la apartó de sí con un gesto nervioso. La copa se volcó, su contenido derramóse por el tablero del bar.

El negro acudió solícito con un paño.

Ante la sorpresa de Callaghan, Geraldine se cubrió con ambas manos la cara y rompió a llorar silenciosamente.

—¿Qué te pasa? —exclamó él.

Ella se dominó enseguida.

—Nada, Max, ¿qué me va a pasar? —dijo tristemente. Se secó los ojos con el extremo de su estola de gasa—. Soy una, tonta sentimental… Ilusiones. Había imaginado que desearías verme por mí misma, por la vieja Gerry a quién llevabas a bailar o a un cine barato los sábados por la noche… No, claro que no. Aquello acabó, ya no interesa a nadie. Sólo interesa Geraldine Mills, protagonista de cuatro películas escandalosas, y a ti ni siquiera ella. Perdóname.

Callaghan murmuró una maldición.

—Eres tú quien debe perdonarme a mí.

—¡Oh, no! Tú eres hombre, y ya se sabe; de vuestra sensibilidad de elefante no se puede esperar más. Sólo lo esperamos las eternas

ingenuas.

Desde el otro lado del mostrador, el barman negro sorbía materialmente sus palabras, mirando alternativamente ora hacia ella, ora hacia Callaghan.

Éste dijo a media voz:

—Llama a Phelps. Es muy tarde.

Geraldine reparó en la extática atención que le prestaba el negro y le dedicó entre lágrimas una sonrisa.

—Prepárame un *highball* bien cargado, muchacho; lo necesito. Y acércame el teléfono, por favor.

El barman obedeció apresuradamente.

Ella levantó el aparato y marcó con desgana el número. Pidió comunicación con la habitación de Phelps.

—Dile solamente que se reúna contigo aquí y que es importante —indicó Callaghan—. Lo antes posible.

La llamada no obtenía respuesta. Geraldine habló al fin:

—¿Dormías, encanto? —preguntó. Su tono estaba lleno de ternura. Cubriendo con la mano la boquilla del teléfono, explicó a Callaghan—. Dormía, pobre. Wilbur, cariño, tengo que molestarte —añadió—. Es preciso que te levantes, te vistas y vengas. Te espero en un bar pequeñito que se llama Floyd's, dos manzanas más arriba del hotel… ¡No, Wilbur, qué voy a estar borracha! ¡De verdad! Claro que se trata de algo importante. Muy importante… No, malo no; es decir, no lo sé exactamente. Ven corriendo y te lo explicaré. No, te prometo que no estoy borracha. Date prisa, cariño. —Colgó, y dijo nuevamente a Callaghan—: Piensa que estoy borracha, pobre Wilbur.

El barman depositaba el *highball* sobre el mostrador con tanta veneración como si ofreciera un tesoro. Geraldine volvió a sonreírle.

Callaghan dijo:

—Supongo que la sensibilidad del pobre Wilbur debe resultarte satisfactoria. ¿Has pensado que casarse es un asunto muy serio? ¿O no pensáis esas cosas en Hollywood?

Ella se llevó el vaso a los labios.

—Es mejor que hablemos del tiempo, Max.

—¿Cómo dos que procuran ser extraños para no herirse mutuamente? Dime, ¿te gusta este clima? ¿Te parece que la Costa Azul responde a su fama?

—Vete al diablo —dijo él.

Wilbur Phelps llegó muy pronto.

No era el tipo que Callaghan había imaginado. No era la clase de hombre —había varias clases: ninguna de ellas—, que se exhibe junto a la estrella de moda. Aparentaba cuarenta años, era de estatura mediana, bien parecido, discretamente elegante, pelo obscuro y, sobre todo, tímido. No semejaba dotado de mucho carácter ni de especial talento.

Su perplejidad al hallar a Geraldine en compañía de un desconocido resultó embarazosa.

—Mira, cariño —dijo ella con desenvoltura. Le trataba de una manera un poco maternal, dulce y protectora—. Éste es Max Callaghan, un antiguo amigo de Nueva York. Me ha rogado especialmente que le presente a ti. Tiene que hablarte.

—Soy un agente de la Tesorería —concretó Callaghan.

Phelps le miró con expresión estúpida, no exenta de temor.

—¿Aquí? —inquirió—. ¿En Francia? ¿Es por algo mío? ¿Por algo de Geraldine?

—De ninguno de los dos; de su cliente Keith Chapman.

El hombre, al parecer, ignoraba como Geraldine la noticia del asesinato.

—¿Pero me atañe a mí?

—Quisiera únicamente pedirle unos informes.

La muchacha intervino:

—Chapman ha…

Callaghan le impuso silencio con un ademán. Dijo:

—Necesito saber quién proporciona a Keith Chapman el dinero, y me refiero a dinero efectivo, a billetes, que está gastando en Europa.

—Pues los Bancos en que tiene cuenta, supongo —respondió Phelps enarcando las cejas.

—El único Banco de los Estados Unidos en que actualmente tiene cuenta es el West Coast & Ballinger, de San Francisco. Hay en ella exactamente mil doscientos tres dólares.

—¿Qué? ¿Cuánto dice?

—¿Usted ha gestionado para él alguna transferencia?

—No —dijo Phelps, nervioso. Repitió—: ¡Mil doscientos dólares! ¡Increíble!

—¿Trabajan para Chapman otros agentes de Bolsa?

—No lo sé, pero es lógico que sí trabajen. El volumen de inversiones que yo manejo es ridículamente pequeño.

—Cierto: diez mil dólares apenas. ¿Tiene idea de en qué consiste la fortuna de Chapman y a cuánto se eleva?

—Nunca lo he sabido. ¡Santo Dios! ¿Quiere usted decir que está arruinado? ¿O qué diantre quiere usted decir?

—No está arruinado —rió Callaghan—, porque su fortuna nunca ha existido. ¿Desde cuándo es Chapman cliente suyo?

—Unos meses… Tres o cuatro.

—En efecto. ¿Y antes? ¿Había oído usted hablar de él?

Phelps se retorció las manos.

—No recuerdo… ¡Oh, aguarde! Se dice, ¡el mismo Chapman me lo ha dicho a mí! que estuvo operando varios años en América del Sur, residiendo allí, y que no regresó a los Estados Unidos hasta…

—Narices. No hay nada de eso.

—¿Entonces?

—Volvamos al comienzo: necesito saber quién proporciona a Chapman el dinero efectivo que está gastando en Europa. Espero que usted me ayude a averiguarlo, Phelps.

—Entiendo… Sospechan ustedes la existencia de un gigantesco fraude.

—No. Sabemos a ciencia cierta. —Callaghan escrutó atentamente el rostro del agente de Bolsa—, que ese dinero de Chapman se compone en su casi totalidad de billetes del Chicago Federal Reserve Bank por valor de cinco, diez, veinte y cien dólares. Tales billetes son falsos.

Phelps se atragantó.

—¡Falsos!

—Maravillosamente imitados, acaso la mejor reproducción conocida hasta hoy, pero falsos.

—¡Falsos! —repitió Phelps, atónito—. ¡Y Chapman se ha comprado un yate que es un palacio, y hace meses que vive como un rey! ¡Ha inundado el mundo de billetes falsos!

—No ha inundado el mundo —rectificó Callaghan—. Puedo demostrarle numéricamente que la cantidad de billetes falsos

necesaria para vivir como Chapman, es menor de lo que uno creería, los peritos de la Tesorería han hecho el cálculo. Por otra parte, el éxito fácil se le ha subido a la cabeza. Todo indica que se ha confiado excesivamente, que ha ido demasiado lejos…

—Despertando las sospechas de ustedes, claro está.

—Más lejos aún: obligando a sus cómplices en el negocio a eliminarle.

—¿Eliminarle? ¿Se refiere a…?

—Me refiero a eliminarle del mundo de los vivos. Le han matado esta noche.

—¡Imposible! —exclamó Phelps. Más que incredulidad, su tono expresaba desconfianza—. Sospecho que me toma usted el pelo. Chapman ha dado esta noche una fiesta en el «Belair Club». Estaba allí, vivo y sano, le he visto con mis ojos y por cierto que en muy agradable compañía.

—La misma de que habrá disfrutado en su viaje al otro mundo —asintió Callaghan plácidamente—. A la muchacha la han matado también. A bordo del yate, cuando acababan de regresar de la fiesta para, digamos, continuarla en privado. Un par de ráfagas de metralleta.

Phelps se volvió inquisitivamente a Geraldine.

—Max no tiene por qué engañarme, encanto —dijo ella—. Si afirma que han matado a Chapman, es que le han matado de verdad.

—Cielos —murmuró el agente de Bolsa.

—¿Triste noticia?

—Inesperada. Pero es siempre triste que muera un hombre tan alegre y tan en la flor de la vida… Sé que Jack Murray y algún otro querían interesarle en sus producciones…

—¡Despierte, Phelps! ¿Interesarle para que les llenara el bolsillo de billetes falsos? Chapman había hecho posible que localizáramos sin grandes dificultades la fuente de los billetes. Sus socios se han dado cuenta de peligro y han cortado por lo sano en el momento crítico. Ésta es la situación.

—Comprendo.

—Ahora bien. —Callaghan recalcó sus palabras, oprimiendo con el dedo índice el pecho de su interlocutor—. Keith Chapman era aquí un forastero caído de las nubes, un desconocido, y me parece

descabellado confiar en que alguien nos informe acerca de sus relaciones con la precisión suficiente para identificar a sus cómplices. Por ello recurro a usted. Usted es distinto. Usted le trataba en América. Usted me ayudará.

Phelps carraspeó.

—Con mucho gusto. Si puedo.

—La cuestión es la misma que le he planteado antes: debo saber quién proporcionaba a Chapman el dinero que ha estado gastando en Europa.

—Resulta tan difícil…

—No me conteste ahora. Piénselo hasta mañana por la mañana; es decir, hasta hoy por la mañana. Indíqueme las personas cuya relación con Chapman pueda inducir a sospechas, igual si se encuentran actualmente aquí que en los Estados Unidos. Piense también —la presión del índice de Callaghan contra el pecho de Phelps se hizo más intensa—, que para un agente de Bolsa es de sumo interés ganarse el agradecimiento de la Tesorería. Cualquiera sabe lo que un día puede ocurrir…

—¡Je! —sonrió forzadamente Phelps.

—Eso es todo. Yo le llamaré por la mañana a su hotel; si tiene que salir, deje dicho dónde le encontraré.

—¡Señor Callaghan, corre usted mucho! Lo más seguro es que mi colaboración, y muy honrado de que la solicite, no le sirva para nada.

—Tengo le en su talento; por lo menos a juzgar por los elogios entusiastas que Geraldine me ha hecho de él.

Phelps se volvió a la muchacha, con el rostro iluminado.

—¿Sí, querida?

La expresión de ella era tormentosa. Miró indignada a Callaghan, se encogió de hombros y bajó del taburete.

—No he dicho más que la verdad. —Asió a Phelps del brazo con ademán protector—. Es horriblemente tarde, encanto. ¿Qué te parece si me acompañaras al hotel?

—Si el señor Callaghan no me necesita…

—Ya ha terminado, ¿verdad, Max?

—Habéis sido muy amables —dijo Callaghan, cortés—. Perdonad la desfachatez de molestaros a estas horas. No quisiera…

—¡Oh, Wilbur es muy comprensivo! —replicó la muchacha

secamente—. Buenas noches.

Phelps saludó con timidez. Sonreía aun humildemente por encima del hombro cuando Geraldine se lo llevó a la calle.

Absorto, Callaghan encendió un cigarrillo.

—Señor —dijo el barman negro.

—¿Cuánto te debo, muchacho?

—Ella era la propia Geraldine Mills, no su doble, ¿verdad, señor?

—Sí.

El negro se inclinó por encima del mostrador. Bajó la voz:

—Por él no hubiera llorado.

Callaghan sacó un fajo de billetes.

—No digas tonterías. Cóbrate.

—No son tonterías, señor. Ella ha llorado por usted, pero por él estoy seguro de que no lloraría. ¿Sabe lo que eso significa, señor?

Callaghan lo sabía.

Pensaba en ello cuando se metió en cama, una hora después, sintiéndose muy poco satisfecho de sí mismo.

CAPÍTULO IV

Las ocho.

El Café del Comercio conservaba el aire solemne y provinciano de comienzos de siglo, un aire de polisón, cuello duro y bigotes. A aquella hora, gentes pacíficas y laboriosas, mojaban en el café con leche su «*croissant*».

Callaghan, irritados los ojos por la falta de sueño, se instaló con un *whisky* doble como estimulante matinal en una de las mesas de la derecha de la sala.

A las nueve continuaba allí, y la mujer no había aparecido.

Era irremediable.

Desde el comienzo tuvo el presentimiento de que así terminaría la insólita aventura. Una burla. O algo peor.

A las nueve y media llamó a la Delegación de Policía desde el café y preguntó si el comisario Cesson estaba allí; Julien Cesson, que había sido enviado por la Interpol desde París para que vigilase a Chapman.

Estaba.

—Supongo que desea usted conocer el progreso de nuestras pesquisas —dijo. Bueno, es casi nulo. El «Bentley» negro no ha sido identificado. El hombre de cabello rubio, tampoco. Si gusta usted de las historias escabrosas le contaré lo que hemos averiguado de Rinette Lemaire y de sus aventuras galantes. Su madre viene hacia aquí, está en camino. Tiene una peluquería en Marsella.

—¿Quién es Rinette Lemaire?

—La rubia que murió con Chapman.

—No me interesa. Pero le he llamado precisamente para hablarle de otra rubia; ella sí me interesa, y no sé ni siquiera su nombre. Es bellísima, distinguida, elegante, fría cómo un témpano y habla inglés con ligero acento alemán.

—¡Santo Dios! —rió el policía—. Han venido centenares de

rubias para asistir al Festival. Las que hablan con acento alemán no son pocas.

—Sospecho que ésta es ajena al Festival. Me hizo, de madrugada, una visita para insinuar que sabía algo importante acerca del asesinato de Chapman…

—¿Lo dice en serio?

—Sí.

—¡Oh, un momento! ¿Una alemana rubia?

—Sí.

Hubo una pausa.

—Venga a la Delegación si no tiene otra cosa que hacer —dijo el comisario—. Le enseñaré algo.

Y cortó.

Callaghan fue. Cubrió a pie el breve trayecto.

Cesson le aguardaba en el vestíbulo de la Delegación. La víspera, cuando le vio por primera vez al entrevistarse con él poco después de su llegada, Callaghan le había juzgado un hombre inteligente, escéptico, eficiente en su profesión, poco dado a la camaradería y muy pulcro en el cuidado de su persona. Ahora no le pareció tan pulcro. Llevaba la corbata arrugada, necesitaba afeitarse y el cuello y los puños de su camisa blanca tiraban a gris.

Más que escéptica, la expresión de su cara enjuta era en aquel momento misteriosa.

—Por aquí, míster Callaghan —dijo.

Indicaba una escalera descendente.

Callaghan bajó sin hacer preguntas, barruntando más o menos lo que iba a ver y disgustado e indignado por rilo. Siempre había pensado que de los defectos humanos el más dañino era la terquedad: sabía que al pie de la escalera le aguardaba una prueba convincente.

Lo que la rubia desconocida había dicho de las cicatrices al mostrarle la que ostentaba en el pecho era verdad. Callaghan las contó todas, las once, y además tres recientes heridas de bala.

Una pena de mujer, tan rubia, tan hermosa, tan ardiente bajo su costra de hielo. Callaghan no se impresionó: había visto demasiados muertos en su vida. Pero sintió estallar la ira dentro de sí, la ira impotente de quien encuentra una estatua perfecta destrozada por la mano de un vándalo.

Otra vez el azar había cortado en seco su camino. Nunca hasta entonces se había rendido a una mujer; daba grima pensar que había elegido para hacerlo la ocasión menos oportuna.

Tendría aquello en cuenta en adelante, por supuesto.

—¿Qué? —preguntó el comisario, extendiendo de nuevo la sábana sobre el cadáver.

—Es ella. Me citó a las ocho de la mañana en el Café del Comercio para darme el nombre de la persona que suministraba a Chapman los billetes falsos y le había hecho matar. No ha acudido a la cita.

—A ella la han matado entre cinco y seis. Por favor, cuéntemelo todo con detalle.

Los dos hombres abandonaron el depósito de cadáveres y subieron al destartalado despacho que Cesson utilizaba provisionalmente.

Callaghan relató con detalle la visita de la mujer.

—Se llamaba Heidi Terberg y era alemana, de Hamburgo, divorciada, veintiocho años de edad —dijo luego el comisario—. Ocupaba desde hace doce días un «*bungalow*» en el Paradis. La han encontrado a las siete y cuarto de la mañana a unos metros de la carretera.

—¿Estaba sola?

—Sola.

—¿Cuál es su profesión?

—Dibujante. No puedo decirle qué clase de dibujante; no disponemos de más datos; hemos telegrafiado a la policía de Hamburgo. El crimen procuramos guardarlo en el mayor secreto.

—¿Por qué en secreto?

—Para proteger el Festival. Es suficiente con el asesinato de Chapman para que aquí se organice el caos: y a fin de cuentas, Chapman estaba estrechamente relacionado con la gente de cine. Estos días, míster Callaghan, es sólo el cine lo que importa.

Callaghan miraba por la ventana. Veía un trozo de pared de ladrillos y un trozo de cielo intensamente azul.

—Esa mujer, Heidi Terberg, conocía al asesino de Chapman; concretamente, le detestaba: Quería denunciarle para que fuese condenado a muerte. Esto debería facilitarnos su identificación, a poco que averigüemos sobre su pasado.

—Así parece.

—Hay otra cosa. Un hombre, un impresor griego llamado Nicholas Spartopoulos. No le hablé de él ayer porque, con Keith Chapman a la vista, me pareció innecesario.

En los aburridos ojos de Cesson ardió una chispa de curiosidad.

—Diga.

—Los peritos de la Tesorería han hecho un estudio minucioso de los billetes falsos, sorprendidos de que fuera una imitación tan perfecta. En realidad. —Callaghan sacó un sobre del bolsillo, extrajo de él un billete de cien dólares y lo extendió sobre la mesa del comisario—, la diferencia más importante es un pequeño defecto de la letra te, aquí —señaló—, donde dice «Secretario del Tesoro», encima de la firma. Hay otros en el retrato de Jackson, pero sólo pueden apreciarse con lupa. El resto de la impresión, el papel, la trama, el sello de la Tesorería, todo es asombrosamente exacto. Dos hombres en los Estados Unidos, dos falsificadores extraordinarios, y únicamente ellos, podrían haber ejecutado semejante obra de arte, pero se da la circunstancia de que ambos están en la actualidad cumpliendo condena. Queda un tercero, que hace cinco años fue expulsado del país; un artista habilísimo, ciudadano griego, que nos causó infinidad de quebraderos de cabeza con motivo de una falsificación de bonos federales. Se llama, como le he dicho, Nick Spartopoulos. Ignoramos su paradero. Si está en Europa, si está en Francia, apostaría a que estos billetes han salido de sus manos. Sabemos de buena fuente que proyectaba algo parecido cuando se le expulsó.

—Escríbame el nombre —rogó el comisario.

Callaghan lo hizo.

—He traído su filiación y su foto conmigo desde América, las tengo en el hotel —agregó—. Se las enviaré más tarde.

—Le buscaremos por la Interpol.

—La impresión de los billetes requiere una instalación de considerable, envergadura, téngalo en cuenta. Si la orden de alerta circula entré la policía francesa no sería difícil que en algún puesto provinciano o en alguna comisaría de barrio se recogieran informes de interés.

—Sí, por supuesto. —Cesson bostezó—. ¿Qué más?

—Creo que eso es todo. —En la búsqueda de los pistoleros del

«Bentley» negro y en la investigación de los movimientos de Heidi Terberg ustedes tienen la palabra; yo poco puedo hacer.

El comisario tomó la hoja en que Callaghan había escrito el nombre del griego y, pensativo, le añadió unas notas. Levantó la cabeza.

—Está bien, míster Callaghan. ¡Ah! Si no lo toma a mal, le rogaré que sea circunspecto con los periodistas. Habrá un terremoto, se lo prevengo, ¡imagínese, en pleno Festival! Y si descubren, como es probable, la identidad de usted…

—Si —dijo Callaghan.

Se despidió del policía y abandonó la Delegación. No podía apartar de su mente, aunque no había vuelto a mencionarlo, lo que viera en el frío depósito del sótano: el cadáver de aquella espléndida mujer con once viejas cicatrices y tres recientes heridas de bala.

¿Heidi Terberg?

Su único deseo había sido volver a verla viva; simplemente, volver a verla viva. Un deseo demasiado ambicioso.

Nunca debió ceder. Quizá en el futuro tendría ella veinte, cincuenta cicatrices, pero no habría muerto. Y el asesino de Keith Chapman estaría a buen recaudo.

¡Dios, qué defecto dañino era la terquedad!

Pensar en ello, empero, no resolvía nada.

Callaghan entró en un bar y llamó por teléfono a Wilbur Phelps. Su llamada encontró al agente de Bolsa durmiendo todavía.

—Bueno, celebro que me haya despertado —dijo con voz pastosa—. Dentro de una hora he de acompañar a Geraldine a la playa. Las mañanas en la playa son parte del programa del dichoso Festival…

—Y las fotos en «bikini» —asintió Callaghan—. ¿Ha pensado en lo que esta madrugada le dije?

—No he tenido mucho tiempo.

—¿Y bien?

—Venga a la playa y hablaremos. Hay un anexo del hotel; allí nos verá, si se lo permite la barrera de periodistas y admiradores.

—¿No podríamos hablar a solas?

—No se preocupe, será como hablar a solas. Para toda esa gente yo no existo. O si prefiere esperar hasta después del almuerzo…

—Iré —dijo Callaghan.

Una hora.

Regresó al «Esterel Palace», donde halló aguardándole un cablegrama. Era de Matt Van Urk, su jefe inmediato; había sido dictado en el despacho 1023 del gran edificio próximo a la Casa Blanca que alojaba la Tesorería de los Estados Unidos.

Decía:

> «Posible identificación rubio albino Charlie *Dandy* Graltz. Informe F.B.I. Ausente país. Envío telefoto. Saludos».

Callaghan se restregó el mentón.

Desde la misma oficina de recepción del hotel llamó de nuevo al comisario Cesson, pero éste estaba ausente. ¿Algún recado? No, volvería a llamar más tarde. Gracias.

Una hora después caminaba por la playa, las manos en los bolsillos, un cigarrillo entre los labios. La arena era una feria de belleza femenina. Las *starlets* competían a ver quién lucía menos ropa y sonreía más. Los cazadores de autógrafos merodeaban en busca de estrellas. Los fotógrafos impresionaban metro tras metro de película. Algún pescador de caña haraganeaba estólidamente al sol dando la espalda al fascinante espectáculo.

El «bikini» de Geraldine era de color rojo cereza.

—Ya ve usted —dijo Phelps, melancólico.

Se había instalado en una silla de lona con una jarra de «Martini» y un ejemplar del *New York Times*, mientras una veintena de personas rodeaba a la muchacha. Callaghan contempló a ésta, humedeciéndose los labios. Una veintena de personas; bien, ¿y qué? Aquello no duraba eternamente. Formaba parte del negocio, y de un negocio de millones de dólares.

¿Después?

Una licencia matrimonial, un juez de paz. Phelps podía instalarse con su «Martini» y su periódico. Después no habría veinte personas. Un día, una noche, no habría nadie.

Callaghan volvió la vista al mar.

—Dicen que Gerry salva este año el prestigio del cine americano en Europa. Las apariencias son de que es verdad.

—¿Prestigio? —repitió Phelps.

—Dicen.

—No sé. Presentarse como Geraldine se presenta en la pantalla y tenderse al sol con esos retalitos rojos no sé qué tenga relación con el prestigio. ¿Le apetece una copa?

—Si —aceptó Callaghan.

Pero no dijo hasta qué punto la necesitaba.

Phelps llenó la copa y se la tendió.

—He pensado en lo de Chapman —declaró—. He pensado mucho… Vivir para ver, ¿no es así? ¡Cielos! ¡Billetes falsos! Es lo último que hubiera imaginado de él y de cualquiera. Suena, ¿no oree? a folletín del siglo pasado. Tengo la impresión de que hay mil cosas más fáciles de falsificar que los billetes.

—Las hay. —Callaghan probó el «Martini»—. Sin embargo, el dinero tiene la ventaja de que es la mercancía más rápida de despachar, y esto compensa todas las dificultades; especialmente si se trata de dólares.

—¡Pero precisamente Chapman! No lo comprendo.

—¿Por qué no? Un tipo como él es el elemento ideal para lanzar los billetes al mercado. Viaja, gasta, da que hablar y, sobre todo, cambia su dinero en los lugares donde menos probabilidades existen de que se descubra su falsedad y donde, si ésta se descubre, más dificultoso resulte seguirle la pista.

—Ustedes la han seguido a pesar de ello.

—Porque Chapman se propasó. Los primeros indicios aparecieron en Tánger hace pocas semanas. Si hubiera sido más discreto, incluso habiendo levantado la caza podríamos haber tardado en localizarle, y quizá no le hubiéramos localizado nunca.
—Por fortuna para nosotros se ha comportado como un demente.

—Muy interesante, señor Callaghan —aprobó el agente de Bolsa con calor—. Han hecho ustedes, estoy seguro, un magnífico trabajo.

—Magnífico —asintió burlonamente Callaghan—. Keith Chapman ha sido asesinado ante nuestras narices y no tenemos la menor idea de quién fabrica los billetes, de quién se los ha suministrado, de quien dirige la organización…

—Ni de quién le ha matado, por tanto.

Callaghan alzó los hombros.

—Por algo le pedí a usted ayuda.

Phelps se agitó, embarazado, en su silla de lona.

—Sí, ya sé.

—¿Y bien? ¿No dice que ha pensado mucho?

—Mucho. —El agente titubeaba. Nervioso, se escanció una copa de «Martini» y derramó una cuarta parte al llevársela a la boca—. Señor Callaghan, no me atrevo… No querría…

Callaghan oía a Geraldine reír detrás de él.

—Hable —dijo entre dientes.

—He recordado dos cosas que acaso le sirvan —declaró Phelps con desgana—. Una ocurrió en Los Ángeles hace como tres meses, poco después de haber conocido a Chapman. Le… le vi una noche… Estaba en el bar de un *night-club*, en un rincón del bar, hablando animadamente con un sujeto. Era un sujeto muy poco recomendable, un tipo cuya pésima reputación había llegado casualmente hasta mí… No se burle, señor Callaghan; yo tenía entonces la impresión de que Chapman era un muchacho afortunado, recién vuelto de América del Sur con un montón de dinero que no sabía exactamente cómo manejar, así que me creí en la obligación de prevenirle contra aquel hombre… Lo hice a la primera ocasión. Bueno, Chapman se echó a reír y dijo que todas las mañas que Spigla pudiera conocer, él las sabía antes de ir a la escuela.

—¿Spigla?

—Jimmy Spigla, Puede que le haya oído usted nombrar.

Callaghan no dijo que sí ni que no.

—¿Cuál es la reputación de Spigla?

—Verá, todo el mundo sabe, por lo menos en California, que se distinguió durante la época de la Prohibición introduciendo alcoholes de contrabando desde México. Ha sido procesado varias veces por diversos delitos, aunque le han condenado muy pocas. Se dice ahora que está dedicado al comercio de estupefacientes, en particular al de marihuana mexicana. Los fumadores de marihuana son en California una epidemia; sin duda, lo sabe usted mejor que yo.

—¿Volvió a verle con Chapman?

—No, sólo aquella vez. Y lo he recordado por la insistencia de usted, nada más.

—Puede ser importante. ¿Qué más ha recordado?

Phelps saboreó un sorbo de «Martini».

—Otra cosa más reciente. Pasó hace cuatro días.

—¿Aquí?

—Sí; es decir, en su yate. Yo pretendía hacerle a Chapman un favor… Bueno, era temprano, por la mañana. Llegó un cable de mi oficina de Los Ángeles con noticias confidenciales sobre la baja de los valores de la Apuraco; quizá la conozca: una compañía petrolífera venezolana que da mucho juego… En resumen, era momento favorable para una excelente inversión. Pensé en Chapman, que era cliente mío, el único de mis clientes fijos que se encontraba cerca, y enseguida tomé el coche y le fui a visitar para brindarle el consejo. Subí a bordo del yate. Cuando avanzaba por la toldilla hacia el salón oí que dos personas discutían violentamente. Una era Chapman; la otra era un hombre que hablaba inglés con fuerte acento extranjero. Demasiado tarde para retroceder, me encontré en la puerta del salón en el momento en que Chapman gritaba: «¡Otto, no te saldrás con la tuya!». Él y el otro hombre estaban en pie, frente a frente, con la cara congestionada, y parecían a punto de pegarse. Mi presencia cortó en seco la disputa. Chapman se mostró muy incomodado al verme, me preguntó con malos modos qué quería, y comprendí que lo mejor que podía hacer era retirarme. Más tarde, aquella misma mañana, me llamó por teléfono y me pidió disculpas. Dijo que en aquel momento estaba fuera de sus casillas, que no había sido su intención ofenderme; en fin, lo que se dice en tales casos. El incidente, ¿entiende? no tuvo importancia. Sólo me chocó porque no creía a Chapman capaz de una cólera semejante, de tanta violencia…

—¿Sólo por eso?

Phelps pestañeó.

—Cuando… cuando entré en el salón, Chapman tenía algo en la mano. Lo ocultó enseguida a mi vista, pero hubiera jurado que era una pistola.

—Comprendido. ¿Quién era el hombre que estaba con él?

—Un desconocido para mí.

—¿Ha vuelto a verle?

—No.

—¿Cómo era?

—De cuarenta a cuarenta y cinco años, alto, atlético, muy

tostado por el sol. Vestía pantalones tejanos y una camiseta listada azul y blanca que le marcaba todos los músculos. Manga corta. Me pareció, no estoy seguro, que en uno de los brazos llevaba un tatuaje. Tenía el cabello rubio oscuro, con un mechón gris a un lado. Un hombre muy apuesto, de aire un poco fanfarrón.

—¿Chapman le llamó Otto?

—Eso oí. ¿Quiere otra copa?

Callaghan tendió la copa para que Phelps se la volviera a llenar. El agente de Bolsa semejaba más tranquilo después de haber puesto fin a su relato.

Geraldine estaba dándole a un reportero sus dimensiones de busto, cintura y caderas. Las daba en pulgadas. El reportero, un francés, trataba de traducirlas a centímetros. Ambos reían. Otros reían en derredor.

—Bien, Phelps, creo que en la medida de sus posibilidades me ha prestado usted exactamente la ayuda que yo deseaba —dijo Callaghan, con un suspiro—. Ojalá resulte de todo eso algo positivo.

—¿Me lo hará saber?

—Con mucho gusto. ¿Usted veía con frecuencia a Chapman?

—¿En América?

—Allá y aquí.

—En América muy raramente. Aquí sí, dos, tres veces al día; lo que nos vemos cuántos hemos venido por el cuento del Festival.

—¿Le vio alguna vez en compañía de un individuo atildado, que llamaba la atención por su cabello rubio casi albino? Reflexione. No me dé una respuesta atolondrada.

Phelps reflexionó con la boca entreabierta y la mirada perdida en el vacío.

—Juraría que no, señor Callaghan. A no ser que se trate de un hombre insignificante; porque uno ve a tanta gente…

—No es insignificante. ¿Le dice a usted algo el nombre de Charlie Graltz, más conocido por *Dandy* Graltz?

—¿Graltz? —repitió el agente, enarcando las cejas—. ¿Graltz? Temo que no. —Sonrió tímidamente—. Sospecho que en esto le fallo a usted.

—Tengo de sobra con lo demás. —Callaghan apuró su copa—. Muchas gracias, y hasta la vista.

Phelps suplicó:

—¿Por qué no se queda un rato? Mire, hasta que terminemos el «Martini»… Me aburro bastante, ¿sabe?

—Sería un placer aburrirnos juntos, pero me espera una tonelada de trabajo. Adiós, Phelps.

Geraldine posaba para un fotógrafo.

Callaghan captó su mirada en el momento en que echaba a andar. Adivinó que ella estaba a punto de llamarle y que no lo hacía para no estropear la foto.

Se alejó sin volver la cabeza…

CAPÍTULO V

En el hotel tenía la telefoto de Charlie *Dandy* Graltz, recién llegada de Washington. Tenía también un recado del comisario Cesson indicando que me pusiera en contacto con él.

Callaghan retiró de la caja fuerte, donde había depositado sus documentos, la filiación y la foto de Niele Spartopoulos, y luego llamó a la Delegación de Policía.

—Aquí hace calor, se le cae a uno el techo encima —le dijo el comisario—. Le espero en la terraza del «Ambassador» dentro de un cuarto de hora.

Callaghan fue a la terraza del «Ambassador» y halló a Cesson sorbiendo un ajenjo y estudiando con mirada experta a las mujeres. Dejó sobre la mesa la filiación y las fotos. Pidió un doble *whisky* con hielo picado.

Cesson examinó los documentos sin decir nada.

—Éste es Charlie *Dandy* Graltz, un conocido pistolero californiano —explicó Callaghan, señalando la telefoto—. Está actualmente ausente de los Estados Unidos, y su característica más importante es que tiene el cabello de un rubio casi blanco. Apuesto doble contra sencillo a que es él quien mató anoche a Chapman; y si lo es, acaso una investigación en California nos revele para quién trabaja ahora.

Una muchacha ataviada con *shorts* amarillos, blusa negra, y tocada con un sombrero de paja cónico, atravesó la terraza en dirección a la calle. El comisario la siguió con los ojos.

—Quizá trabaje —dijo enigmáticamente—, para Otto Moltke.

La mano de Callaghan, que se tendía hacia el vaso de *whisky*, se inmovilizó.

—¿Otto qué?

—De eso quería hablarle. Hemos recibido un extenso informe

telegráfico de la policía de Hamburgo. Heidi Terberg estaba separada de su marido, pero no legalmente; es decir, no divorciada, sino casada aún. Contrajo matrimonio hace ocho años con Otto Moltke.

—¿Eso tiene algún significado particular?

—Moltke es un personaje muy conocido, un aventurero famoso en determinados ambientes. Fue procesado como criminal de guerra y cumplió una condena de cinco años: había actuado en el espionaje alemán de manera muy destacada, estuvo en Italia y aquí con la Gestapo, los resistentes le tenían fichado como elemento peligroso. Se sospechaba, como de varios otros tipos de su clase se ha sospechado, que antes de la derrota alemana ocultó en lugar seguro un tesoro acumulado expoliando a los judíos de Metz, Reims, Troyes y Dijon, pero en su proceso nada se le pudo probar. Cumplida la condena, ha vivido, dicen los alemanes, pescando en río revuelto. Cinco veces se le ha detenido por indicios de que actuaba como agente de la Alemania Oriental y espía de los rusos, aunque luego los indicios no se han confirmado. Tiene fama de imaginativo, de cruel, de audaz y de muy inteligente. También la tiene de seductor: medrar a costa de las mujeres ha sido siempre otra de sus habilidades.

La mente de Callaghan era una confusión de ideas.

—¿Dónde está ese hombre?

—Sospechamos que por estos alrededores. Lo último que la policía alemana ha sabido de él es que deambula por las costas mediterráneas en un balandro. Antes del almuerzo me habrán comunicado su paradero, si acaso su balandro está anclado en algún lugar entre San Rafael y Mentón.

—Tiene que estar —afirmó Callaghan.

El comisario le miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Un conocido de Chapman acaba de contarme que hace cuatro días sorprendió a éste en su yate discutiendo acaloradamente con un hombre a quién llamaba Otto y que hablaba inglés con acento extranjero. Chapman empuñaba una pistola. La inoportuna presencia de su visitante, como es de suponer, le indignó.

Un sobresalto truncó el frío escepticismo de Cesson.

—¿Alguien a quién llamaba Otto? ¡Santa Juana me valga!

Entonces, si Otto era Otto Moltke, existía una relación entre él y Chapman; y el propio Moltke era la relación entre Chapman y Heidi Terberg…

—Su marido. Un sinvergüenza explotador de mujeres a quién es probable que ella odiara con todo su corazón.

El comisario liquidó de un trago su ajenjo. Se puso en pie.

—¡Listo el cuadro! Otto Moltke es nuestro hombre.

Callaghan sonreía.

—Listo todavía no. Falta la relación entre Moltke y la falsificación de billetes.

—Tengo una idea sobre eso.

—¿Cuál?

—¡Oh! una idea que nació en mí la primera vez que me hablaron de esa lluvia de billetes falsos. Lo que hemos descubierto respecto a Moltke me la confirma; permita, empero, que me la reserve hasta conseguir cierta información adicional. No será más tarde de esta noche.

Callaghan miró al comisario mientras éste sacaba algunos billetes para pagar la bebida. Pensó que se parecía a Pierre Fresnay; a un Pierre Fresnay cansado y sin nervio. Ahora había ya recobrado su pulcritud: bien afeitado, camisa limpia, corbata fresca, traje impecable.

—No deje que los árboles le impidan ver el bosque —advirtió.

—¿Por qué lo dice?

—Por esto. —Callaghan tocó las fotos y los papeles que habían quedado sobre la mesa—. Moltke puede ser nuestro hombre, pero no nuestro único hombre. *Dandy* Graltz ha ejecutado el asesinato de Chapman, Nick Spartopoulos es posible que haya impreso los billetes; no lo descuide.

—No —dijo el policía, sin convicción—. ¡Ah, olvidaba una cosa! ¿Sabía usted que Chapman no compró su yate?

—No entiendo.

—Lo tenía alquilado nada más. A una dama italiana, la condesa Fidelli. Ha habido un poco de expectación cuando se ha descubierto que el yate no estaba a su nombre, pero una conferencia telefónica con la condesa ha desvanecido todo error. Chapman se lo arrendó por intermedio de un anuncio en los periódicos. Pagó en dólares. La condesa ignora si eran auténticos o falsos; dice que el Banco se los

admitió sin reparos, y cualquiera sabe dónde andan ahora.

—La condesa Fidelli —repitió Callaghan, pensativo.

—¿La conoce?

—Creo que sí. ¿Dónde está?

—En Montecarlo. Vive allí, tiene una quinta que se llama Vieux Saint Gratien. —Cesson recogió los documentos y las fotos—. Lo dejo, míster Callaghan.

—No se preocupe. Desde aquí se disfruta de un panorama magnífico.

—Magnífico —asintió el policía, mirando las piernas femeninas que tenía más próximas.

Y se marchó.

Callaghan no se quedó a contemplar el panorama. Terminó su *whisky*, abandonó la terraza y anduvo sin prisa hasta su hotel.

Esta vez no había novedad.

Pidió conferencia telefónica con Washington. Le bastó cerrar los ojos para ver con la imaginación cómo Matt Van Urk descolgaba el aparato en el despacho 1023 del edificio de la Tesorería.

—Buen trabajo en lo de *Dandy* Graltz, Matt —dijo—. Confío en que aparecerá aquí, y si aparece le caerá encima una inculpación de asesinato que le dejará planchado para toda la vida. Pero conviene saber con quién se había relacionado últimamente…

—Estoy en comunicación constante con California —respondió la lejana voz de Van Urk—. No te hagas muchas ilusiones, por si acaso. *Dandy* se largó del país inmediatamente después de haber cumplido en San Quintín una condena. No hay pistas recientes.

—¿Cuándo salió de presidio?

—Hace un par de meses.

—Está bien, Matt. Debes ocuparte ahora de Jimmy Spigla, la basura humana de Jimmy Spigla. Probablemente nada resultará. Sin embargo, me han contado que parecía en excelentes relaciones con Chapman.

—¿Spigla, el viejo caíd del «racket» en la Costa Oeste?

—Sí.

—Le creía muerto y enterrado; muerto de un atracón de heroína o algo así.

—Las drogas matan lentamente. Averigua lo que hay por ese lado.

—*Okey*. ¿Cómo andan ahí las cosas?

—Deprisa, pero embarulladas. ¡Oh, Matt! Acaso tú puedas resolverme un enigma: necesito saber de qué manera cabe relacionar los dólares falsos con un antiguo espía alemán y agente de la Gestapo, procesado años atrás como criminal de guerra, que se llama Otto Moltke. Ha usado otros nombres, sin duda. Seguro que le conocen en la C.I.A.

—¡Un antiguo espía alemán! —exclamó Van Urk, tras una perceptible pausa. Max, tengo una idea. Una idea descabellada.

—Yo también. Y antes que yo la ha tenido Cesson, el hombre de la Interpol que colabora conmigo. Por eso quiero que investigues cualquier posibilidad.

—Descuida. Llámame en cualquier momento, no me moveré de aquí hasta que esto acabe. Suerte, Max.

Callaghan cortó la comunicación con un suspiro.

Consultó su reloj.

¿Cómo se llamaba la quinta? ¿Vieux Saint Gratien? Un nombre muy del gusto de Mariola. Ella siempre tuvo inclinaciones arcaicas.

Encargó en la recepción del hotel que le alquilaran un coche y salió a almorzar. Cuando regresó tenía el coche preparado: un «*Vedette*» blanco y verde.

—La señorita Mills ha llamado, señor —le dijeron al entregarle los papeles correspondientes—. Ha dejado aviso de que le llame usted a su hotel antes de las tres.

Dos retalitos rojos cereza —así los había calificado Phelps—, bailaron en la memoria de Callaghan. Tantas pulgadas, tantos centímetros. ¿Qué más? Un juez de paz y el prestigio de Hollywood.

—Gracias.

Geraldine Mills podía esperar, ¡cómo no! hasta el mismísimo Día del Juicio.

Se instaló al volante del coche y salió de Cannes con rumbo norte. Tomó por la Cornisa Media. Juan-les-Pins, Antibes, Cagnes-sur-Mer, Niza. El mar tenía un color casi de esmeralda bajo el sol de la tarde.

Mónaco.

Un agente le indicó la situación de la quinta. ¡Oh, naturalmente! Callaghan sonrió. Era una vieja casa de aspecto conventual con las paredes cubiertas de hiedra y por todas partes lozanos macizos de

flores. Tenía una verja de hierro, y una puerta con una campanilla.

Callaghan tiró de la cadena de la campanilla.

Acudió un criado de rostro desdeñoso que vestía chaquetilla listada. Mariola debió haber soñado infinidad de veces con aquello antes de conseguirlo.

Ella estaba esperándole, prevenida por el anuncio del criado, bajo las románticas arcadas del pórtico. Los ajustados pantalones azul marino y la escotada blusa de punto que realzaba la gracia picante de su esbelta figura, las chinelas doradas, la mata intensamente negra de su cabello y el rostro de corte exótico, con sus rasgados ojos verdes, ofrecían con el marco de la casa hiriente contraste. Mariola siempre había cultivado aquella clase de contrastes. No se habría elevado desde el arroyo del Bronx neoyorquino, de no tener alma de artista.

Ahora sonreía sin cordialidad.

—Hola, pies planos —saludó. Afectaba la mayor llaneza, pero Callaghan sabía que su visita no podía menos que alarmarla—. Mucho tiempo sin vernos, ¿no es así?

—Y por tu gusto hubiera sido mucho más —replicó él. Estrechó su fina mano, de uñas pintadas de color de oro—. ¿No me das las gracias?

—¿Las gracias por qué?

—Por esto. —Callaghan abarcó la casa y el jardín en un ademán —. Es a mí a quien lo debes.

—Callaghan, tus bromas me han sentado siempre como pisotones.

—No bromeo.

Bromeaba a medias, y estaba seguro de que ella le entendía sobradamente bien. Seis años antes había Mariola Oggion culminado su carrera de vampiresa de arrabal casándose con Willie Kingo, a quién se suponía próspero dueño de una cadena de tiendas de comestibles, pero de quien los inspectores de la Tesorería sospechaban que era algo más. Cuando dichos inspectores descubrieron que Willie Kingo figuraba en el equipo directivo de un vasto «racket» que oprimía a los detallistas de comestibles de una cuarta parte de la ciudad y empezaron a ponerle cerco, Willie perdió la faz. Murió de una manera tonta, liado a tiros con los guardias de un coche patrullero. El miedo habíale inducido a

empuñar un arma sin necesidad, pero fue un T-man astuto apellidado Callaghan quien, sabiendo que tenía miedo y que empuñaría el arma, preparó adrede el incidente. Sus pesquisas habían revelado el hecho desolador de que por el camino recto no había modo de pescarle.

La pérdida de Willie Kingo tuvo para la deslumbrante Mariola una consoladora compensación. El atemorizado caído había puesto a su nombre la mayoría de sus bienes: de pronto se encontró convertida en viuda, joven, bella y millonaria. Abandonó Nueva York sin pensarlo más y comenzó a vivir su vida. Europa París. Italia, tierra de sus antepasados. Antes de un año se había casado en Roma con el anciano conde Fidelli, quien sólo de sablazos a los amigos debía cerca de dos millones de liras, gastadas casi enteramente en medicamentos para su averiado riñón. Con dinero fresco, el riñón del conde resistió tres años más; luego hizo crisis. Viuda por segunda vez, joven, bella y todavía millonaria, Mariola, convertida en condesa, arraigó en Montecarlo y continuó viviendo su vida.

Pero era a un T-man a quién debía todo aquello.

Callaghan experimentaba una cierta sensación de propiedad cuando ella le introdujo en el salón. Sacando apreciativamente el labio, examinó los antiguos y valiosos muebles, los cuadros, la cerámica, y admiró por las amplias ventanas el panorama del atardecer.

Mariola le ofrecía una taza de té. Estaba alerta, estudiándole, tensos los nervios bajo su apariencia de fingida calma.

—¡Té! —exclamó él despectivamente—. Muñeca, no me tomes el pelo. Esta mañana me han hablado de ti en la terraza de un hotel elegante y te han llamado «una dama italiana». ¡Cáscaras! Me parece estar viéndote cuando perseguías a los muchachos por Basin Street para que te pagaran un medio *rye* o una cerveza…

—¿A qué has venido?

—Supón que a recordar tiempos pasados.

La mujer abrió una alacena-bar y señaló su interior con un ademán.

—Tú mismo, Callaghan. —Regresó junto a la mesa donde estaba servido el té y encendió un cigarrillo con forzada lentitud. Añadió bruscamente—: No te tengo miedo. No hay nada contra mí. No puede haberlo. No después de seis años. Si te has tomado la molestia de cruzar el charco por algo relacionado conmigo es que navegas a la deriva.

—No se trata de seis años, sino de unos meses.

Mariola inclinó su morena cabeza.

—Bueno, navegas a la deriva de todos modos.

—¿Quizá tu yate ha seguido mejor rumbo?

Hubo un silencio.

—De modo que es eso.

—¿Qué iba a ser? Nena, ¿qué te ha pasado? ¿Te cansaste de ser una persona respetable? ¿Te aburrías? ¿O se agotaron las reservas de Capital del pobre Willie?

—Ha sido sólo mala suerte.

Callaghan enarcó las cejas al captar en su tono una nota de fatigada sinceridad.

—¿Mala suerte?

—Siéntate —dijo ella. Se dirigió al bar, tomó una botella de *whisky* y dos vasos y comenzó a preparar sendos *high*-balls—. Debí sospechar desde el principio que estaba metiéndome en un lío, pero, francamente, no se me ocurrió. No he tenido el menor barrunto de la realidad hasta que la policía de Cannes me ha llamado por teléfono… ¡Oh, Callaghan, es tan cómodo y reconfortante llevar una vida decente! Cierto, yo corría detrás de los chicos de Basin Street para que me invitaran a una copa, ¡y si sólo fuera esto lo que hice! Pero nunca volveré a aquello. Nunca. Mira ahora. —Escanció cuatro dedos de *whisky* en cada vaso—. Escocés del mejor. Podría bañarme en él si lo deseara.

—¿Y qué?

—La policía me ha contado que ese tipo, Chapman, utilizaba mi yate para andar de un lado a otro pasando billetes falsos. ¡Qué porquería! Nunca se lo hubiera alquilado de haber sospechado una cosa así. Quiero tener bien lejos toda esa horrible miseria, créeme.

—¿Por qué se lo alquilaste, entonces? Si puedes bañarte en *whisky* no veo la razón.

Ella le tendió el vaso y le miró a los ojos.

—Callaghan, he aprendido que el secreto de reunir un millón es no desperdiciar nunca la ocasión de ganar un dólar. Quizá te sorprenda saber que en estos años he triplicado el dinero que me dejó Willie…

—Sigo sin ver la razón.

—Bien, —yo no necesitaba el yate hasta el mes de junio; lo tenía aquí, en el puerto, gastando sin disfrutar de él. Me hablaron de Chapman. Me dijeron que era un muchacho rico, estúpido y caprichoso. Pagaba estupendamente y al contado. Le alquilé el barco, ¿por qué no?

—¿Quién te habló de Chapman?

Mariola desvió la vista.

—Un conocido.

—Según la policía, hubo algo de un anuncio en los periódicos.

—Sí… Es decir, no.

—¿En qué quedamos?

—¡Callaghan, eres insufrible! De Chapman me habló Jimmy Spigla.

Callaghan olfateó, pensativo, el contenido del vaso. El nombre no había provocado el menor cambio en su actitud.

—¿Spigla?

—¡Sí, Jimmy Spigla! Había tenido tratos con Willie, yo no le había visto desde entonces. Un día se presentó y me propuso lo del yate. Estuve a punto de negarme, pero pintó a Chapman como un incauto dispuesto a pagar caro un capricho, dio a entender que él se cobraría una comisión, y que la necesitaba, y como el precio era interesante cedí, no sin informarme respecto a Chapman por otros conductos. —¡Entiéndelo, Callaghan! Todos los informes que reuní coincidían con lo que Spigla me contaba, ¡todos!

—A pesar de la cual, Chapman te endosó un paquete de billetes falsos. Ése era el precio interesante.

—¿Cómo podía yo saberlo? ¿Cómo puedo saberlo ni siquiera ahora? Mi Banco los dio por buenos. Al fin y al cabo quizá lo eran.

—¿Dijo Spigla de qué conocía a Chapman?

—No lo concretó. Se refería a él como a uno de tantos pichones dorados que frecuentaban los ambientes nocturnos de Los Ángeles.

—¿Y está aquí?

—¿Jimmy Spigla? En Niza, me parece.

—¿Haciendo qué?

—No lo sé. Probablemente turismo.

—¿No me mientes, Mariola?

—¡Claro que no!

El rostro de Callaghan semejaba una máscara.

—No estoy seguro. El negocio de los billetes falsos había sido planeado para producir un beneficio de muchos millones, un beneficio que tentaría a cualquiera, y lo habría producido de no ser por la insensatez de Chapman. Pudo tentarte a ti. Tu aportación consistiría en el yate. No estoy seguro, Mariola, de que no sea esto lo que ha ocurrido.

—Muy bien. Supongo que tu profesión te obliga a desconfiar de las personas. Sólo te diré una cosa: alguien me ha llamado en tú presencia «una dama italiana»; eso es exactamente lo que soy.

Él levantó el vaso. Se aproximó a las ventanas y permaneció unos momentos con la vista fija, en el mar, saboreando la bebida sorbo tras sorbo.

—Me gustaría saber quién mueve los hilos de esto. Jimmy Spigla, un ex*bottlegger* california no, ha venido a la Costa Azul. También ha venido *Dandy* Graltz, famoso en Los Ángeles por su ligereza con la pistola. Alguien tiene que haberlos contratado y traído, porque ninguno de los dos es capaz de trazar un plan de tanta envergadura…

—¿Vas a decirme que he sido yo?

—Podrías serlo —dijo Callaghan; sin mirar a la mujer—. Tienes el talento y la fuerza de carácter necesarios, entre otras cosas. Y conoces, si no me equivoco, a un tipo llamado Moltke; eres la clase de mujer, rica, bonita y sola, a quién Moltke se arrimaría. Y él es, querida, la clave del problema.

Mariola avanzó hasta situarse frente a Callaghan. Estaba tranquila ahora. No lo fingía, lo estaba.

—No conozco a ningún Moltke —declaró firmemente—. Mírame bien. Mírame como lo que soy. ¿Por qué me recuerdas persiguiendo a los muchachos de Basin Street, Callaghan? ¡Di la verdad! Porque tú habías sido uno de ellos, ¿no es así? Y sin embargo, escapaste. Bien, yo he escapado. ¡Mírame! Somos iguales. Todo el gusto que hace seis años podía darte pisotear a Mariola Kingo se te ha acabado ahora con, la condesa Fidelli. Esta casa no es sitio para ti.

Márchate.

Callaghan rozaba el borde del vaso con los labios.

—No me daba ningún gusto.

—Márchate, por favor.

—No me daba ningún gusto —insistió él, impasible—. Me lo hubiera dado besarla, y sin embargo, nunca me resolví a hacerlo. Aunque no lo creas, ésta es la verdadera razón de que haya venido.

Mariola, sonriendo, le quitó el vaso de la mano.

—Siempre lo supe.

CAPÍTULO VI

Había cerrado la noche cuando Callaghan estacionó el coche a unos metros del hotel y entró en éste.

—Le han llamado intensamente toda la tarde, míster Callaghan. La señorita Mills. También el comisario Cesson. Ambos han dejado aviso de que les llame usted.

—Gracias. ¿Algo más?

—Nada, señor. Pero los avisos eran apremiantes, por decirlo así.

Callaghan consultó su reloj.

Subió a su habitación y descolgó el teléfono, aunque no para llamar al comisario o a Geraldine, sino para pedir conferencia con Washington.

—Tienes demasiada prisa —le dijo, a miles de kilómetros, Matt Van Urk—. Aquí sigue todo casi igual.

—¿Casi?

—No hay nada con respecto a *Dandy* Graltz, salvo lo que te dije: salió de la cárcel y se largó enseguida; ninguna noticia sobre su paradero. En cuanto al viejo Jimmy Spigla, había estado hasta hace poco explotando un «racket» de marihuana en colaboración con Tony Balazzo. Los guardias minaron el terreno bajo sus pies, y Tony cayó y fue reexpedido a Italia porque sus papeles de inmigración resultaron, después de treinta años, no estar en regla; ya sabes que es el recurso utilizado cuando no puede sustentarse una acusación más grave. Jimmy capeó el temporal y continuó una temporada a flote. No se sabe que contrajera nuevas relaciones. No se sabe que hubiera nada entre él y Chapman. Luego se marchó. El F.B.I., supone, es una opinión oficiosa, que se ha reunido de nuevo con Balazzo, quien probablemente trata da montar en Italia un negocio semejante al que ambos tenían aquí.

—Faltaba Balazzo en el equipo —dijo Callaghan, enojado—. Matt, ninguno de esos pájaros de vuelo corto lograría poner en

marcha la falsificación de dólares tal como se realizó. Tony Balazzo no me sirve. Si está en el ajo, será en calidad de peón. Yo necesito un jefe, un jefe de verdad.

—¿Del calibre de Otto Moltke?

—¿Te referías a él al decir que todo sigue casi igual? ¡Matt, suelta de una vez lo que sea!

Van Urk, en Washington, reía. Su risa cruzaba el Atlántico.

—He hablado con Stevenson, de la C.I.A. Me ha dicho que al producirse el desastre alemán, Otto Moltke estaba agregado a la Jefatura del K.S.W., y a las órdenes directas del general Hellmuth, que se suicidó en Stettia después de quemar sus archivos cuando los rusos iban a capturarle. ¡Agárrate, Max! Hellmuth fue uno de los realizadores de la vasta falsificación de libras esterlinas que los espías alemanes lanzaron como maniobra indirecta para perjudicar la causa aliada.

Callaghan asió con fuerza el teléfono.

—¡Mi idea era algo así!

—Y la mía.

—Y probablemente la del comisario Cesson. ¡Oh, cáscaras! Se había rumoreado que a la maniobra contra la libra esterlina debía seguir una maniobra contra el dólar. Yo oí decir, y tú también, ¿no es así, Matt? que nuestros agentes habían cribado toda Alemania durante más de un año en busca de un presunto depósito de dólares falsos, que al final no apareció. ¡Dólares falsificados por el espionaje alemán contando con la maquinaria, los técnicos y los inmensos recursos que el Estado ponía a su disposición! ¡Verdaderas obras de arte, reproducciones prácticamente exactas!

—¡Eh, echa el freno! —exclamó Van Urk.

—¿Tengo o no tengo razón?

—Sí. Es decir, si esos dólares existían, de lo cual no hay pruebas.

—Existían. Otto Moltke los ha guardado ocultos hasta ahora. Seguro, Matt.

—Pues adelante. Si tus próximas noticias no son sensacionales te romperé la crisma cuando te vuelva a ver.

Callaghan cortó.

Casi al instante emitió el teléfono un campanilleo.

Era Julien Cesson. Su voz fría e irónica inquirió:

—¿Estaba de vacaciones? Resulta más difícil hablar con usted

que con el Presidente de la República.

—Iba a llamarle en este momento.

—No se moleste. Venga enseguida a la Delegación.

—¿Ocurre algo?

—Tenemos a Moltke.

Callaghan perdió por un segundo el dominio de sí mismo.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué es lo que dice?

Pero ya el comisario había colgado.

Abandonó la habitación, bajó a la calle y saltó a bordo del «*Vedette*».

En la Delegación se había formado un grupo de ruidosas e impacientes personas de ambos sexos a quienes Callaghan reconoció con aprensión como periodistas. Algunas miradas curiosas se posaron en él, pero logró ganar, sin ser importunado, el despacho del comisario.

Éste estaba solo, en pie, en mangas de camisa, con los brazos en jarras junto a la mesa. Su rostro expresaba intensa fatiga.

—Se acabó —dijo secamente, sin dar tiempo a que el americano le saludara—. Lo difícil será que Moltke hable, pero se acabó; y bendigo el momento, míster Callaghan, porque no me tengo en pie. Anoche no pegué ojo.

Mirándole escrutadoramente, Callaghan le ofreció un cigarrillo.

—He visto a los reporteros ahí fuera.

—He prometido recibirles más tarde. Tengo todavía la esperanza. —Cesson encendió el, cigarrillo y aspiró una profunda bocanada de humo—, de que encontraremos al rubio albino y ello nos ayude a apretarle las clavijas a ese alemán.

—Excolaborador del general Hellmuth.

El comisario tosió. Hizo una mueca.

—¿Lo sabe?

—Usted tuvo una idea. Yo tuve la misma: la excelente falsificación podía ser obra del espionaje alemán, ejecutada durante la pasada guerra. Me he tomado la molestia de comprobar algunos puntos.

El cansancio de Cesson semejó aumentar.

—Es usted cruel, míster Callaghan. Nunca le perdonaré que me haya arrebatado el placer de ufanarme de mi descubrimiento.

—Ufánese de la detención de Moltke. ¿Le parece poco?

—Eso ha sido fácil.

—Lo dudo.

—¡Se lo digo yo! Tenía su balandro amarrado en Juan-les-Pins y estaba durmiendo la siesta a bordo cuando los gendarmes le han echado mano.

Callaghan frunció el entrecejo.

—¿Han registrado la embarcación?

—Naturalmente que sí.

—¿Armas?

—Ninguna.

—¿Billetes falsos?

—Ninguno. Sería mucho esperar, míster Callaghan, que después de haberse reservado durante casi quince años esos billetes se dejara ahora Moltke sorprender en un descuido de aprendiz. Porque, si ha comprobado algunos puntos como dice, sabrá usted que la organización de espionaje a que él perteneció se había especializado en la falsificación, de moneda aliada.

—Libras esterlinas.

—Y dólares. Un experto del Ministerio me ha asegurado que puede darse por cierto que los dólares se llegaron a fabricar. En Bonn opinan lo mismo, y añaden que sólo la precipitación de los acontecimientos al final de la guerra impidió que circulasen. ¿Recuerda lo que le dije de Moltke y el tesoro robado a los judíos franceses? Cuando el río suena, agua lleva. Los judíos nada tenían que ver con lo que ocultó: fue la reserva de dólares falsos. Al disolverse el K.S.W., y suicidarse Hellmuth, debieron quedar a su alcance. Los guardó para tiempos mejores.

Callaghan fumaba, cabizbajo.

—Ésa era mi idea, efectivamente.

—Hay más. —Cesson tocó con la mano los papeles amontonados en su mesa—. A través de la Interpol he pedido a Hamburgo informes complementarios. Un detalle de lo que me han enviado le agradará: cinco años atrás Heidi Terberg ingresó en un hospital cubierta de extrañas heridas y se negó rotundamente a declarar quién, cómo, cuándo y por qué se las había producido. A raíz de aquello se separó de su marido y nunca más volvió a su lado. Ha estado trabajando con mucho éxito como dibujante y figurinista de modas.

—Quiere usted decir que fue él quien la hirió y que desde entonces data el odio que ella le profesaba…

—Sí. Algo terrible ocurriría entre ambos; tan terrible que a los cinco años, el deseo de venganza de la mujer no se había extinguido. Sorprendente, ¿no? en una alemana.

—¿Por qué?

—¡Oh! suelen tener las pasiones metidas en un frigorífico.

—Hasta el día que el frigorífico estalla y se convierte en un volcán. Comisario, me gustaría ver a Moltke.

—Cuando quiera.

—Debí decir que me gustaría quedarme con él a solas para partirle los huesos, pero me conformo con unos minutos de conversación.

Cesson tomó su chaqueta del respaldo de una silla y se la puso. Abrió la puerta.

Debía de haberse familiarizado con el edificio, porque condujo a Callaghan a las celdas, situadas al fondo de la planta baja, sin pasar por dónde aguardaban los impacientes periodistas.

Callaghan suspiró profundamente al ver a Moltke. No había error. Era el hombre que Wilbur Phelps había descrito, aquél a quién Chapman llamó Otto y contra el cual esgrimía una pistola: alto, apuesto, atlético, curtido como un lobo de mar, un tatuaje en el musculoso brazo, un mechón gris en el cabello rubio oscuro. Vestía incluso pantalones tejanos y camiseta de manga corta, aunque blanca en lugar de listada.

Reclinado en el camastro, fumaba tranquilamente. No se movió cuando entraron en la celda. Sus ojos grises reflejaban una vaga somnolencia.

—Míster Callaghan —dijo Cesson—, es el investigador de la Tesorería norteamericana que se ocupa del caso. Por si le interesa a efectos de los sentimientos que su persona pueda inspirarle, sepa que ha sido su estrecha colaboración, conmigo lo que ha conducido a la detención de usted.

Moltke sonrió y se desperezó. Aunque no era joven, su hercúleo cuerpo se conservaba en plena forma.

—Bien —respondió en correcto francés—, no voy a guardarle rencor por ello. He vivido trances peores. Esta equivocación se aclarará tarde o temprano.

—¿Qué equivocación?

El alemán miró pensativo a Callaghan.

—El comisario ha tramado una historia ingeniosa, pero poco consistente, basada en una de esas fantasías que circularon después de la guerra. —Hablaba, ahora en inglés, con fuerte acento—. Resultaría divertida si no fuera porque su conclusión es acusarme de dos asesinatos: el de Heidi, mi esposa, ¡nada menos que mi esposa! y el de un individuo, ¡cuyo nombre no recuerdo! Sólo para formarme idea de su nivel mental, ¿ha intervenido usted en la elaboración de esa fábula?

—Tengo testigos de que usted conocía a Chapman, el individuo cuyo nombre dice no recordar.

—¿Ah, sí? Perdone que me ría de sus testigos.

—Ríase. Le vieron a bordo de su yate, hablando con él, discutiendo acaloradamente. Chapman le llamaba a usted por su nombre y tenía en la mano una pistola.

Moltke entornó los párpados. Su somnolencia había desaparecido, su interés habíase despertado repentinamente.

No era un hombre vulgar, ni un simple fanfarrón. Llevaba tras de sí un pasado en el que cabían las vidas de veinte hombres vulgares y veinte fanfarrones. No habría vencido los múltiples peligros que salpicaron su existencia sin poseer una inteligencia de primera clase.

—¿Es usted realmente un agente de la Tesorería de los Estados Unidos? —preguntó—. Si lo es, ¿le han metido en el jaleo para que la farsa tenga más verosimilitud? Puede hablar con franqueza. Prefiero afrontar mi suerte cara a cara.

Callaghan sostuvo la mirada que se deslizaba entre los párpados.

—Su actitud no conduce a nada, Moltke.

—¡Oh, esa frase que a uno le repiten mil veces! ¿Qué actitud quiere que adopte, muchacho? Yo le diré lo que ocurre. En cinco ocasiones la policía de mi país, presionada por ustedes, por los asustadizos americanos, ha intentado demostrar, sin conseguirlo, que me dedico al espionaje, la subversión, la agitación y la propaganda clandestina en favor de Rusia. Han estado buscándome incesantemente las cosquillas. Y no han quedado satisfechos. No se han convencido aún de que el pobre y hastiado Otto Moltke sólo desea tomar el sol y vivir en paz. No se ha calmado el miedo que les

inspiro. No se calmará hasta que por uno u otro procedimiento logren impedirme que circule beatíficamente de acá para allá. Esto es lo que se oculta detrás del cuento de los billetes falsos.

—Pobrecito Moltke —dijo incisivamente el comisario.

El alemán le dedicó una sonrisa forzada.

—Desahóguese —invitó—. ¿Qué puedo esperar de los franceses? Ustedes no olvidan. Me detestan porque estuve aquí como invasor, porque me burlé de sus cacareados partisanos cuando me vino en gana, porque se la jugué una y otra vez. Ustedes saben que, siendo agente alemán, llegué a ser nombrado capitán del maquis y que conduje a una partida de ciento veinte hombres que marchaban cantando himnos patrióticos a los mismos brazos de la Gestapo, que los capturó sin disparar un tiro. Ustedes no perdonan. Respaldarían el mismísimo cuento de Blancanieves con tal de ayudar a los americanos a eliminarme.

Si esperaba que el comisario se encolerizase, Moltke quedó chasqueado. Cesson, simplemente, bostezó y se restregó los ojos.

—¿Quiere que sigamos, míster Callaghan? —preguntó indiferente.

Callaghan parecía perplejo.

—Hay algo que no acabo de entender.

—Si de mí depende —dijo el alemán en tono protector—, tendré sumo placer en explicárselo.

—Usted no es tonto. No habla por hablar. Lo que no entiendo es qué objeto persigue acusándonos de haber tramado esa conspiración infantil contra su, según usted, importantísima persona. Porque no se trata de una conspiración infantil. Su tinglado se ha derrumbado, es evidente, y los asesinatos de Chapman y su esposa impiden que se vuelva a levantar. Toda la policía francesa anda en pos de *Dandy* Graltz. Cuando le encuentren, que no tardarán, cualquier discusión será inútil.

—Ya lo es ahora. Estoy sentenciado, inventarán ustedes las pruebas que hagan falta. Y usted sabe perfectamente que no conozco a nadie llamado Graltz, ni tampoco a nadie llamado Chapman; y si no lo sabe, si obra de buena fe, es que quienes le han encargado este trabajo y se han tomado la absurda molestia de enviarle desde América le han vendado previamente los ojos. Dígales de mi parte que habría resultado más barato, rápido y

cómodo, e igualmente canallesco, despacharme de un balazo en la nuca en cualquier esquina mal iluminada.

Cesson volvió a bostezar.

—¿Seguimos, míster Callaghan?

Éste dijo, mirando fijamente al alemán:

—Anoche, antes de que muriese, hablé con su esposa.

—No me sorprende. A Heidi le agradó siempre la conversación de los muchachos bien parecidos. Si eran bien parecidos y ricos le agradaban más.

Callaghan apretó los dientes.

Hace cinco años, después de tres de matrimonio —prosiguió con hiriente frialdad—, se produjo entre usted y su esposa un vergonzoso incidente. Usted la torturó. Sin piedad, Moltke: once heridas que dejaron once cicatrices imborrables. Ella huyó de su lado, tuvo que restablecerse en el hospital, pero no le denunció. Esperaba la ocasión de vengarse. La esperó cinco años. Esta ocasión se presentó anoche. Cuando supo que el responsable de la circulación de billetes falsos y el asesino de Chapman eran un mismo hombre resolvió desenmascararle para que fuera condenado a muerte.

—¿Ese hombre soy yo?

—Naturalmente que es usted: el hombre a quién ella odiaba.

Moltke hizo un gesto de curiosidad.

—¿Lo dijo Heidi? Sería muy propio de ella haberlo dicho.

—Suponga que lo dijo, en efecto.

El alemán rió burlonamente.

—Ya veo que no. No llegó a decir nada. Y me pregunto quién me haría el dichoso favor de matarla, admitiendo que eso que me cuenta sea verdad.

—Ahí está, Moltke: nadie le haría semejante favor. Ella sabía muy bien que los dólares falsos procedían de usted, pero necesitaba pruebas contundentes. Se comprometió a facilitármelas en mía entrevista que debíamos sostener a las ocho de la mañana, y luego se arriesgó demasiado en su intento de conseguirlas. Usted la mató.

—Yo estaba durmiendo como un santo en mi balandro.

—Eso no es una coartada.

—«¡Himmelblitzen!». Si lo fuera, ustedes cuidarían de desbaratármela. Sin embargo, yo no maté a Heidi. La habría matado

cinco años atrás. Ahora ya no, ¿para qué? Oiga, ¿cómo ha dicho que se llama usted?

—Max Callaghan.

—¿Ha amado a una mujer alguna vez? ¿La ha amado en serio?

—¿A qué viene eso?

Moltke sacó del bolsillo de sus pantalones un arrugado cigarrillo y lo encendió en sustitución del que hasta momentos antes había estado fumando.

—Dice que Heidi me odiaba, que me odiaba a muerte. A pesar de ello era mi esposa. ¿Se ha preguntado por qué no se libró legalmente de mí?

—Quizá por escrúpulos religiosos.

—¡No me haga usted reír! ¡Escrúpulos religiosos! Mire, hace ocho años me casé con ella: fue el único error de mi vida que nunca ha tenido remedio, porque con él me destrocé a mí mismo. Callaghan, no ame usted nunca en serio a una mujer. Se volverá loco como me volví yo. Es cierto que la torturé, ¡vaya si es cierto! Lo hice por arrancarle el nombre de su amante. Duró un día entero, ¿quiere creerlo, Callaghan? ¡Y no lo dijo! ¡No lo dijo!

Súbitamente sonó la voz cansada del comisario:

—Buchenwald.

Los dos hombres se volvieron a mirarle. Estaba apoyado en la pared, junto a la puerta de la celda, con aire de inmenso aburrimiento.

—¿Cómo? —preguntó Callaghan.

—Buchenwald, Auschwitz, Dachau, Bergen Belsen. Algún fenómeno misterioso ocurre en el espíritu de los alemanes. Es increíble que tantos jóvenes cultos, deportivos y saludables se conviertan en monstruosos verdugos en los campos de concentración. Concluya esa exhibición de su estercolero íntimo, Moltke; concluya de una vez.

Moltke fumaba y sonreía impasible.

—Bueno, ese fenómeno misterioso a que usted alude cesa algún día —añadió. Uno piensa entonces en términos racionales y cartesianos y descubre que hay infinidad de medios para identificar el amante de una mujer sin necesidad de convertirla a ella en heroína. También hay infinidad de medios para aniquilarle. Se trataba, si quieren saberlo, de un oficial americano. Se pegó un tiro,

porque la situación en que llegó a encontrarse no tenía salida honorable para un militar. Yo, mientras tanto, tomaba el sol.

Sonaban pasos en el corredor de las celdas. Un gendarme se aproximaba.

Callaghan dijo:

—Supongo que vanagloriarse de eso constituye su máxima satisfacción.

—¡Oh, no me interprete mal, se lo ruego! He tratado únicamente de explicarle por qué me odiaba Heidi, por qué no le di el gusto de divorciarme de ella, por qué aspiro solamente a vivir en paz, por qué…

El gendarme se detuvo a la puerta de la celda y saludó a Cesson llevándose la mano al quepis.

—De parte del inspector Dumas, señor comisario.

Tenía una cuartilla doblada.

Cesson la tomó y la desdobló. Leyó el breve texto escrito en ella.

—El rubio, *Dandy* Graltz—.dijo.

—¿Qué pasa? —inquirió Callaghan.

—Ahí tiene el motivo de que Moltke nos acuse con tanto aplomo de tramar una conspiración infantil.

—Cesson hizo una bola con la cuartilla. —A *Dandy* Graltz le han encontrado muerto.

CAPÍTULO VII

Estaba a la orilla del mar, al pie del muro de una villa, entre los árboles. Amordazado, llevaba las muñecas y los tobillos atados con alambre; su cabello, empastado con tierra y sangre seca, era ahora una masa negruzca. La bala le había entrado por la sien.



Le habían encontrado a la orilla del mar

4 — PÉSAME

Callaghan contempló el cadáver sin pensar en nada, aspirando el aire nocturno que olía a pinos y a mar. Había en el lugar una docena de gendarmes. Uno de ellos montaba guardia en el camino que conducía a la carretera: mantenía alejados a los curiosos. Los demás habían instalado luces y fumaban charlando de esto y de lo

otro, en espera de la llegada del juez.

El inspector Dumas, un joven de aspecto burocrático, daba al comisario las oportunas explicaciones:

—Ha sido una pareja de enamorados que paseaba por aquí quien le ha visto primero. Arriba, en la carretera, estaba Nadeau, un agente ciclista; le han avisado, y él nos ha llamado a nosotros. Se ve perfectamente en el camino que un coche bajó desde la carretera y volvió a subir: las huellas de neumáticos son claras. No cabe duda de que al hombre lo trajeron ya muerto. Aquí no dispararon. En casa de lord Howard, ahí al lado. —Dumas señalaba el muro de la finca—, hubieran oído el tiro. He pensado que quizá el trapo que le tapa la boca a la víctima nos proporcione algún indicio…

—No me gustaría morir así —gruñó Cesson—. Amordazado y atado de manos y pies. ¿Qué le parece, míster Callaghan?

—Está bien para Graltz —dijo el americano distraídamente—. Él había hecho antes lo mismo con otros que lo merecían menos… Dígame. ¿Otto Moltke ha estado en América?

—¿Lo pregunta por su relación con el muerto?

—Entre otras cosas.

—No ha estado. Tuve buen cuidado de informarme. Vámonos, creo que aquí lo hemos visto ya todo. Usted, inspector, por supuesto, esperará al juez.

Dumas asintió con la cabeza.

—Chapman y Graltz eran americanos —dijo cuando Cesson, se le unió—. Ambos vinieron a Europa en fecha reciente, y es posible que aquí se pusieran en contacto directo con Moltke. Pero indirectamente habían de estar relacionados con él desde algún tiempo antes, por lo menos Chapman, pues el negocio de los billetes falsos se hallaba ya en pleno funcionamiento cuando Chapman comenzó a viajar… No sé, comisario, mi cabeza es un torbellino. No me explico la actitud, de Moltke, su pasividad al dejarse prender, su irritante aplomo. No ha dado un solo paso para recobrar la libertad: no ha pedido abogado, no ha avisado al cónsul alemán, ¡nada! Parece muy seguro de que su reclusión no va a perjudicarle. Supongamos que previamente hubiera tomado sus medidas y que éstas incluyeran el asesinato, de Graltz, quien se había convertido en un peligro por haberse exhibido en el yate de Chapman. ¿Qué más sucederá?

—Depende de la persona encargada de ejecutar las órdenes de Moltke.

—Bueno, ¿quién es?

—No lo sé.

—¿Cómo se relacionó Moltke con Chapman y Graltz?

—No lo sé —repitió oscuramente Cesson.

—¿Se da cuenta de que la realidad estricta es que tenemos encerrado a un balandrista alemán y no podemos acusarle de nada?

—¡Santa Juana se apiade de nosotros! —exclamó el comisario con velada ironía—. La muerte de su compatriota Graltz nos ha precipitado en el vacío, míster Callaghan. Pero hace menos de veinticuatro horas que murió Chapman, ¿y no le parece buen resultado tener ya a Moltke entre rejas? Montar la acusación contra él es sólo cuestión de trabajo, paciencia y perseverancia. Yo, por mi parte, considero completa la jornada y me marcho a cenar y a dormir.

Cubrieron en silencio el resto del trayecto hasta la carretera.

El gendarme de guardia saludó.

—No le he hablado de Jimmy Spigla, ¿verdad? —dijo Callaghan.

Cesson se volvió para mirar hacia las luces que, brillando entre los árboles, indicaban la situación del cadáver de Graltz.

—No.

—Spigla es un viejo *gangster* californiano a quién Chapman conocía. Se les vio juntos en Los Ángeles alguna vez. —Callaghan abrió la portezuela del «*Vedette*» e invitó al comisario a subir—. Está ahora por aquí, me han dicho que en Niza, y fue él precisamente quien actuó como intermediario de Chapman cuando éste le alquiló el yate a la condesa Fidelli.

—Sabe usted cosas sorprendentes —bostezó Cesson.

—Jimmy Spigla, en Los Ángeles, se dedicaba al comercio clandestino de estupefacientes. Tenía un socio, Tony Balazzo, italiano de origen, a quién las autoridades de inmigración expulsaron hace algún tiempo del país. Balazzo regresó a Italia. Se supone que Spigla ha venido a reunirse con él para emprender nuevos negocios, nadie sabe cuáles. Quizá usted y yo lo sepamos…

—Comprendo. ¿Dice que ese hombre está en Niza?

—Es posible.

El «*Vedette*» se puso en marcha.

Cesson se agitó en el asiento buscando una posición cómoda.

—Santa Juana haga que, si está en Niza, continúe vivo. Veo perfectamente el alcance de su hipótesis, míster Callaghan.

—Sería lógico, ¿no? Tony Balazzo viene a Europa y conoce a Otto Moltke, quien vaga en su balandro por los puertos mediterráneos acariciando la idea de recuperar y poner en circulación los dólares falsos que ocultó al final de la guerra. Moltke es un elemento sospechoso, no puede arriesgarse a lanzar por sí mismo los billetes al mercado, pero cree que le resultará fácil si dispone de cómplices americanos y, sobre todo, de un agente distribuidor de la mercancía que reúna determinadas cualidades, entre ellas la de no tener antecedentes criminales. Balazzo se ofrece a ayudarle. Comunica a su amigo Spigla lo que ocurre, y Spigla, que continúa en Los Ángeles, elige a Keith Chapman como el distribuidor que Moltke necesita. Charlie *Dandy* Graltz, un pistolero recién salido de presidio, es contratado también, porque de un elemento hábil con las armas no se puede prescindir. Ya está la banda formada. En consecuencia, Tony Balazzo y Jimmy Spigla serían el eslabón que nos falta, el lazo de unión entre Otto Moltke y los elementos americanos…

El coche entraba en las calles de Cannes.

—Pare aquí, por favor —dijo el comisario señalando un café—. Llamaré a la Delegación ordenando la búsqueda de ese individuo. Le agradecerá que luego me acompañe al hotel. No podría dar un paso sin caer dormido.

Callaghan esperó.

¡El lazo de unión entre Moltke y los elementos americanos!

Le hubiera gustado encontrarse a solas con el alemán. A solas, desnudos los puños. Heidi debió hacerle mucho daño, cinco años antes. Era una lástima que no le hubiera hecho mucho más: cicatrices visibles, no de las que se llevan en el alma.

El comisario regresó.

Apenas reparó en su rostro, adivinó Callaghan que volvía profundamente disgustado.

—¿Dio la orden?

Cesson montó en el coche y cerró con violencia la portezuela.

—Lléveme a la Delegación. ¿Tiene usted idea de lo que un hombre puede resistir sin dormir? Me interesa saberlo.

Callaghan preguntó:

—¿Complicaciones?

—Se ha presentado un sujeto que quiere hablarme, y a usted también. Sobre los dólares falsificados.

—¿Qué clase de sujeto?

—Le digo lo que sé. Esos condenados provincianos dan al asunto la mayor importancia, como si acabaran de descubrir un tesoro. Me he tomado un café, a ver si aguanto… ¡Santa Juana me ayude! Siempre he necesitado dormir diez horas diarias, ni una menos. ¿Y usted?

—No las cuento —dijo Callaghan, ceñudo—. ¿Pero quién demonio es el sujeto que quiere hablarnos? ¿Y de qué nos va a hablar?

Cesson la miraba escrutadoramente.

—Usted tiene aspecto de necesitar más de ocho horas —concluyó.

Entraron en la Delegación por la puerta lateral y subieron directamente al despacho del comisario. Un inspector sonriente, obeso, en mangas de camisa, se les reunió allí.

—Se llama Alí Mokrem —explicó—. Es un argelino que en otras ocasiones ha actuado para nosotros como confidente. Sus informaciones merecen el mayor crédito, pero debo rogarles que guarden sobre él reserva absoluta. Esta gente, ya saben, se degüella entre sí a la menor sospecha de que alguno colabora con la policía.

—¿Un argelino? —dijo Callaghan—. Por Dios, no mezclemos a los argelinos en esto; bastante espeso está de por sí.

—Escuchar lo que esa joya tenga que contarnos no lo espesará más —replicó el comisario. Se derrumbó en su asiento tras de la mesa—. Traiga a su hombre, Conty. Terminemos cuanto antes.

El inspector introdujo al confidente. Era muy joven, oscuro de piel, los ojos ligeramente bizqueantes, el rostro basto. Vestía con relamida elegancia.

Cesson le invitó a sentarse.

El argelino miró al obeso inspector y no habló hasta que éste le hizo un signo afirmativo.

—Ustedes buscan a un impresor griego —dijo entonces sin alzar la voz—; medio griego y medio americano. El nombre que han dado es Nicholas Spartopoulos.

Callaghan vio que el comisario enrojecía repentinamente. Le preguntó:

—¿Llegó usted a ordenar su búsqueda?

—Esta mañana. Pero…

Hubo un silencio.

—Sé dónde está ese hombre —siguió diciendo el argelino—. Es griego, medio americano e impresor, sólo que se hace llamar Nicholas Sparga.

—Imposible —replicó secamente Cesson—. Mera coincidencia.

—Muéstrele la foto —sugirió Callaghan.

El comisario abrió el cajón central de su mesa y arrojó sobre ésta la foto de Spartopoulos, unida a su filiación.

Alí Mokrem la miró rápidamente. No titubeó.

—Es el mismo.

Callaghan se apartó hacia la ventana y encendió un cigarrillo.

Estaba furioso.

Soñaba, deliraba, aquello no podía ocurrir. En los calabozos de la planta baja de la Delegación se hallaba el hombre que durante quince años ocultó los dólares fabricados por el Estado nazi, los billetes cuya reaparición en el mercado de moneda había ya costado la vida de Keith Chapman, Heidi Terberg y Charlie Graltz.

¡Spartopoulos no podía ser el impresor de aquellos billetes! ¡Aunque estuviera en Francia, no era él!

—¿Dónde está? —preguntaba Cesson.

—Vive en una casa de campo de las afueras de Niza, una gran casa aislada, próxima a la carretera de Vaucluse-l'Etang. Allí tiene instalada en secreto la imprenta. Aparentemente la casa es una granja.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Conozco a dos que están metidos en el lío.

—¿Norteafricanos?

—Sí. Hay varios más, cinco o seis en total.

—¿Qué hacen en la imprenta? ¿Qué imprimen?

—Eso lo ignoro. Yo creía que folletos políticos, literatura prohibida, propaganda clandestina… Pero es una instalación muy importante. Tienen incluso un camión de diez toneladas.

—¡Esto será mi muerte! —gimió el comisario.

Callaghan miraba perplejo a Alí Mokrem.

—¿Los argelinos colaboran en los trabajos de impresión? —preguntó.

—No.

—Entonces, ¿en qué se ocupan?

—Uno de ellos conduce el camión. Los demás fueron contratados como guardianes. Si en algo trabajan es en la granja.

—¿Guardianes significa pistoleros?

—Entiéndalo como guste.

—¿Quién los contrató? ¿El propio Spartopoulos?

—No, un americano.

—¿Qué sabes de él?

—Nada. Sé que fue un americano y que les pagaba generosamente, pero nada más. De todo esto me hablaron al principio, luego no ha vuelto a decirme nadie una palabra; supongo que las cosas se pondrían más serias.

—¿Te han hablado de un americano muy rubio llamado *Dandy* Graltz?

—No.

—¿Sabes algo del asesinato de Keith Chapman? ¿De Otto Moltke, un alemán que vive en un balandro en Jean-les-Pins? ¿De Jimmy Spigla?

El norteafricano movía la cabeza negativamente.

Cesson observó con amargura:

—Sabe lo justo para fastidiarnos. Reflexione un momento sobre lo que nos ha dicho, míster Callaghan.

—He reflexionado. Si lo que imprime Spartopoulos en esa casa son billetes, es la catástrofe. Habremos de volver a empezar.

—Ante todo es preciso comprobarlo. —Cesson tendió la mano hacia el teléfono, pero interrumpió el ademán para mirar titubeando al argelino—. Muchacho, espero que no tomes a mal lo que voy a decirte —añadió—. Tres personas han muerto en pocas horas por causa de la investigación que efectuamos, de modo que es preferible que por algún, tiempo permanezcas bajo nuestra custodia y sin comunicarte con nadie. Quizá sólo hasta que veamos lo que hay en esa casa de Niza. Estoy seguro de que el inspector Conty te instalará cómodamente: televisión, unas cuantas revistas, una buena cena, café, tabaco. Lo comprendes, ¿verdad?

—Qué remedio —murmuró el norteafricano.

El inspector se lo llevó.

—¿Desconfía de él? —inquirió Callaghan.

—Desconfío de Otto Moltke. —Cesson descolgó el teléfono, se lo aplicó al oído y miró fijamente al americano antes de marcar el número—. Usted preguntaba qué era lo que podía suceder después de la muerte de Charlie Graltz. Bien, esto es lo que ha sucedido. Si el griego imprime billetes falsos, la catástrofe, como usted dice; pero acaso nos estén engañando las apariencias.

Callaghan asintió lentamente.

—Piensa en una maniobra de Moltke.

—Pienso en lo seguro y tranquilo que se muestra tranquilo y seguro como el hombre que ha trazado planes matemáticos para guardarse las espaldas. No me sorprendería que tuviese preparada una coartada gigantesca, tan eficaz que le permita declarar sin temor que estaba durmiendo solo en su balandro a la hora en que su esposa fue asesinada. Quiero ver lo que hay en esa casa, míster Callaghan, aunque me quede dormido de pie.

El comisario llamó a la policía de Niza, describió la situación y estableció un rápido acuerdo. Sería preparada una orden judicial. La casa sería vigilada hasta su llegada por un destacamento de gendarmes.

Callaghan dijo luego:

—Le invito a cenar.

Cenaron a toda prisa en un *snack-bar*, y Cesson dio muestras de un apetito sorprendentemente escaso.

CAPÍTULO VIII

La casa se alzaba en medio de extensos cultivos de flores. Nada tenía de misterioso. Era un buen ejemplo de arquitectura rural y aparecía iluminada por luces abundantes. Desde la carretera de Vaucluse-l'Etang conducía a ella un amplio camino privado.

Callaghan detuvo el coche en la bifurcación. Dos coches más, con los oficiales del juzgado y algunos inspectores de la policía de Niza, seguían al suyo.

Un gendarme surgió de la oscuridad.

Cesson se dio a conocer.

—No ha habido novedad, señor comisario. No ha entrado ni salido nadie. Creo que no han advertido nuestra presencia…

—¿Hay gente en la casa?

—Los signos son de que sí: se han apagado y encendido luces, se percibía movimiento, hasta hace diez minutos sonaba una radio…

—¿Seguimos hasta allí? —preguntó Callaghan.

—¿Por qué no?

El «*Vedette*» se adentró en el camino. Los otros dos coches siguieron.

Los faros de los tres fueron sin duda vistos desde la casa.

Un hombre aguardaba en el pórtico, en actitud recelosa, haciéndose pantalla con la mano sobre los ojos como para ver quiénes eran los visitantes.

Callaghan y Cesson se apearon y anduvieron resueltamente hacia él.

—¿Qué buscan aquí? —exclamó el hombre.

Era un norteafricano, joven, flaco, velludo y de corta estatura.

—No se mueva de dónde está —replicó el comisario autoritariamente—. Policía.

Pero el hombre sí se movió. Dio media vuelta y desapareció de un salto en el interior de la casa.

—¡La policía! —gritó—. ¡Eh, es la policía! ¡Eh!

Los inspectores saltaban ya de los coches.

—¡Rodeen los edificios y bloqueen todas las salidas! —les ordenó Cesson—. Vamos allá, míster Callaghan. Y tenga cuidado: los argelinos pierden muy fácilmente la cabeza.

Entraron.

Se oían en alguna parte pasos apresurados y voces sordas.

La casa era enorme y antigua, un caserón de terratenientes decimonónicos. Conservaba parcialmente los viejos muebles y objetos, descuidados, maltrechos. Había en las paredes grandes manchas de humedad.

De pronto, en el piso alto, una metralleta comenzó a disparar.

—Están locos —gruñó el comisaria.

—¿Viene usted armado?

—No, ¿y usted?

—Tampoco.

La metralleta disparaba hacia el exterior.

Callaghan miró en torno, distinguió a través de una puerta una cocina, corrió hacia allí y regresó con un atizador en la mano.

Cesson interceptó su camino.

—¿Qué pretende? Es suficiente con que estén locos los argelinos. No se mueva; les convenceremos de que resistir es inútil.

En los ojos del americano se veía un brillo peculiar.

—Descuide, sólo quiero hacer una prueba.

La escalera que conducía al piso estaba al fondo del vestíbulo. Callaghan se dirigió a ella y miró hacia arriba adelantando, la cabeza cautelosamente. Vislumbró una figura humana. Un tiro de pistola le obligó a retroceder.

—¡Déjelo, quédese ahí! —exclamó el comisario, impaciente.

Callaghan no lo dejó.

En una repisa próxima había varios objetos. Cogió uno, un viejo almirez de cobre, y con él en la mano derecha y el atizador en la izquierda se lanzó de nuevo hacia la escalera.

Ahora no lo hizo cautelosamente, sino corriendo a toda velocidad. Subió dos tramos antes de que la pistola disparase y la bala silbara rozándole la oreja. Se detuvo una fracción de segundo. Arrojó el pesado almirez contra la figura que se inclinaba para tomar nuevamente puntería, y sin esperar a saber si había dado o

no en el blanco prosiguió como un bólido la ascensión.

Halló la pistola materialmente ante su cara al llegar arriba. Tuvo el tiempo justo de hacer un quiebro. Sintió el calor del fogonazo en la piel, el estampido le dejó sordo.

Luego descargó un furioso golpe con el atizador.

Sin un gemido, el norteafricano de corta estatura a quién viera en el pórtico se desplomó a sus pies.

Callaghan le arrancó la pistola de la mano inerte y avanzó hacia donde se oía a la metralleta disparar cortas ráfagas.

Era en un dormitorio amueblado con dos monumentales camas negras. Recelando algo, el hombre de la metralleta se volvió en el instante en que él trasponía el umbral.

Apretó el gatillo de la pistola y saltó a parapetarse detrás de una de las camas. La metralleta abrió fuego, pero demasiado tarde y sin precisión. Callaghan atisbó por los pies de la cama, a ras de suelo. Vio que el hombre estaba herido, aunque ello no le impedía disparar. Apretó el gatillo por segunda vez. Cesó el trueno de la metralleta, acabó todo. El hombre cayó de bruces.

Reinó en la casa un sorprendente silencio.

¿Únicamente dos guardianes? El confidente argelino había hablado de cinco o seis.

Pero no había más que dos, era evidente. Cesson y los demás lo confirmaron cuando acudieron, procedentes de la planta baja.

—Tienen el ciego instinto de luchar por luchar —dijo el comisario, tocando con el pie al caído en el dormitorio—. Éste está muerto. El otro ha quedado solamente K.O. Y no son ellos solos quienes se dejan arrebatar por el instinto, mistar Callaghan.

El americano hacía saltar en la palma de la mano la pistola.

—Quemar un poco de pólvora es bueno para los nervios. Necesitaba aliviar la tensión que estoy acumulando desde anoche.

—¿Con riesgo de perderla toda por un orificio de bala?

—Sin riesgo no tiene gracia. —Callaghan arrojó la pistola sobre el cadáver del argelino—. Bueno, vamos a ver lo que hay por aquí.

Era cierto que Nick Spartopoulos vivía o había vivido en la casa: sus papeles, sus ropas, sus libros y sus efectos personales se encontraban en una de las habitaciones, con aspecto de llevar mucho tiempo allí. Pero de él no se veía rastro.

No tardaría en verse, empero.

Organizado metódicamente el registro, sus frutos fueron copiosos. Tres vehículos aparecieron: un «Dos Caballos», un «Bentley» negro y un camión. El «Bentley» era muy nuevo, no haría que rodaba ni siquiera un mes, y estaba a nombre de Charles Graltz.

Callaghan lo contempló con aire perplejo. Aquél era el coche en que *Dandy* y sus secuaces se trasladaron al muelle de Cannes para matar a Chapman.

—Vea esto —estaba diciéndole el comisario.

Mostraba el interior del camión, donde un gendarme había encontrado dos maletas flamantes llenas de ropa masculina, cinco cajas de huevos, un montón de sacos de salvado y maíz, y un cajón de embalaje.

El cajón estaba atestado de billetes de Banco norteamericanos, agrupados en fajos según su valor: cinco, diez, veinte y cien dólares. Una mirada bastó a Callaghan para calcular que su importe se elevaba lo menos a millón y medio.

Los policías se habían quedado mudos de asombro.

Cesson examinaba uno de los billetes a la luz.

—Fíjese.

Había sido emitido por el Chicago Federal Reserve Bank y ostentaba un pequeño defecto en la letra «te» donde decía «Secretario del Tesoro».

—Idéntico a los demás —murmuró Callaghan—. ¿Sigue usted pensando en una jugada de Moltke?

—Estoy desconcertado. Si se trata de una jugada del alemán para alejar las sospechas de su persona es, desde luego, genial, el farol más grande que he presenciado; sobre todo porque el impresor griego no ha aparecido.

—Ni su imprenta.

Aparecieron, sin embargo.

La imprenta estaba instalada en la cava.

Nick Spartopoulos yacía muerto en ella con un balazo que le entró por la nuca y le destrozó el cráneo.

—¿Sigue pensando en lo mismo? —preguntó Callaghan.

Allí se encontraba todo: las máquinas, el papel, las tintas, las planchas, las pruebas y un lote de billetes recién impresos. El trabajo semejaba haberse interrumpido aquella misma tarde.

Con una lupa que tomó de la platina estudió Cesson las

planchas, las pruebas y los billetes. SI defecto en la letra «te». Los errores casi inapreciables en el retrato de Jackson.

Callaghan limitóse a colocar ante él el billete de cien dólares que en un sobre llevaba en el bolsillo, para facilitarle la comprobación.

—No —dijo el comisario, enderezándose—, es imposible que Moltke haya preparado esto, que sea simple escenografía para que nuestras sospechas se alejen de él. Hay que rendirse a la evidencia. Los billetes, sin asomo de duda, han sido fabricados aquí. La hipótesis del espionaje alemán queda descartada.

—¿A pesar de que era Moltke el hombre a quién Heidi odiaba?

—A pesar de que Moltke dice que era él. Pudo ser otro.

—¡Lo dudo!

—¡Santa Juana le ilumine! —exclamó Cesson con resignación—. Si Moltke ha intervenido en esto, no ha sido desenterrado el tesoro que se supone ocultó quince años atrás, sino mandando fabricar billetes nuevos; es cuanto puedo decirle, míster Callaghan.

El americano tenía fija la mirada en el cadáver de Spartopoulos. Contó con los dedos:

—Uno, Chapman; dos, Heidi Terber; tres, *Dandy* Graltz; cuatro, Nick Spartopoulos. Cuatro asesinatos en veinticuatro horas. Comisario, estamos sobre la pista de un monstruo que no ha vacilado en sacrificar cuatro vidas para encubrir un delito a fin de cuentas secundario como es la falsificación de moneda. Dudo que Otto Moltke haya descendido a semejante bestialidad. Mi opinión es que él ha vivido y sufrido demasiado para que le asuste la perspectiva de pasar una temporada en la cárcel.

—Es aventurado sentar esa clase de conclusiones sicológicas.

—No en el caso presente. Salta a la vista que el autor de los cuatro asesinatos es alguien aterrorizado ante la posibilidad de que su crimen se descubra. Otto Moltke no tiene miedo.

Cesson abandonó el examen del material de impresión para acudir a agacharse junto al muerto. Le miró los ojos, tanteó la rigidez de sus miembros, inspeccionó su herida.

—Hace varias horas que le «despacharon» —dedujo—. El barco de esta gente se iba a pique. Después de haber matado a Spartopoulos, su jefe daría la imprenta por perdida.

—¿Ha reparado usted en lo que contiene el camión?

—Sí.

—Bueno, juraría que ese heterogéneo cargamento es parte de lo que los dos últimos guardianes intentaban salvar del naufragio y reservarse para sí. Todo da la impresión de que el negocio había sido liquidado. Y liquidado de una manera tan absoluta, míster Callaghan, que acaso nunca llegaremos a saber quién lo dirigió. Liquidado por la muerte; una especie de limpieza al vacío.

El rostro de Callaghan estaba cubierto de sombras.

—Uno de los argelinos vive —dijo, sin convicción.

—Querido amigo, permítame suponer que si alguno de los argelinos supiera algo sobre la identidad del jefe de esta banda, habría sido absorbido por la limpieza como lo ha sido el propio Spartopoulos. Ese hombre no sabe nada, o de lo contrario habría muerto. Aguarde a que recobre el sentido y lo comprobará.

—Sé que es así —asintió Callaghan de mala gana.

—¿Y bien? Usted había trazado un cuadro imaginario de la organización en el cual figuraban además los dos *gangsters* italo-americanos, Spigla y el otro, como se llame. A no ser que sean ellos los jefes que buscamos, ¿cree que si realmente pertenecían a la organización los encontraremos con vida?

—¿Por qué es usted tan pesimista?

—Porque estoy cansado —dijo el comisario. Se levantó y lanzó una mirada a los agentes de policía y a los oficiales del juzgado que habían entrado en la imprenta y curioseaban en silencio las máquinas y los billetes—. Porque quiero irme a la cama y ya empieza a no interesarme nada más.

—Celebro oírle eso.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que lo ha dicho; algo ha impedido que se realizara su deseo. Y es preciso que algo ocurra, comisario; algo, lo que sea, con tal de que nos saque de este callejón sin salida.

Cesson sonrió amargamente.

—Gracias por la buena intención. —Hizo seña a uno de los inspectores—. Podemos marcharnos, míster Callaghan; los muchachos cuidarán aquí de todo.

El inspector dijo:

—A sus órdenes, señor.

Mientras Cesson daba con voz soñolienta sus instrucciones, Callaghan abandonó la cava por la estrecha y húmeda escalera que

conducía a la superficie. Cuando alcanzó el pórtico de la casa observó que ahora eran cuatro, no tres, los automóviles estacionados frente a ella.

El cuarto acababa de llegar y de él se apeaba un gendarme, quien al ver a Callaghan le preguntó por el comisario Cesson.

—Viene detrás de mí —dijo el americano.

Cesson apareció.

—¿Qué ocurre?

—El comisario Laplaine desea verle, señor comisario. Tiene consigo al hombre por quien usted se interesaba. Hemos creído mejor…

—¿Qué? ¿A quién tiene?

—Al americano James Spigla.

Cesson emitió un gemido ahogado.

—¡Santa Juana bendita! ¿Dónde le tiene?

—Ahí mismo, señor; en el coche.

Callaghan reía en silencio.

CAPÍTULO IX

Jimmy Spigla, de cara, se parecía a Popeye, pero a un Popeye derrotado y enfermo. La impresión que producía verle era de repulsión y lástima a la vez.

Estaba sentado en la trasera del coche con el comisario Laplaine, que era, por contraste, un hombre saludable, vivaz, limpio y sonriente.

Laplaine dijo:

—El señor Spigla ha tenido la gentileza de ponerse a nuestra disposición, a pesar de lo intempestivo de la hora. —Si su tono cortés disimulaba una intención irónica, ésta era completamente imperceptible—. Nos ha parecido, Cesson, que abreviaríamos cualquier trámite viniendo a su encuentro; sabíamos que estaba usted aquí.

—Sí, hombre, no faltaba más —corroboró Spigla, en un francés calamitoso—. Estoy dispuesto a ayudarles en lo que sea.

Cesson le miró con desconfianza.

—¿Sabe de qué se trata?

—Los periódicos dicen que la pasada noche mataron a Keith Chapman. Supongo, ¡pobre muchacho! que se trata de eso.

Callaghan intervino preguntando:

—¿Tony Balazzo está también en Niza?

El viejo «gangster» hizo una mueca. Le miró entornando los ojos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Callaghan. Inspector de la Tesorería.

La amabilidad de Spigla se enfrió varios grados. Continuó hablando en su pésimo francés:

—¡Un T-man en este paraíso! Vivir para ver. Tendría que haber una ley que limpiase la Costa Azul de visitantes indeseables…

—Está bien, Jimmy. —Callaghan se instaló en el asiento delantero del coche, vuelto hacia atrás, mirando, por encima del respaldo—. Te has metido esta vez en algo serio. Cuatro asesinatos. Empieza a meditar.

El «*gangster*» se asió, suplicante, al brazo de Laplaine.

—¡Comisario, estamos en un país culto, en Europa, en Francia, no en una tierra de indios salvajes! ¡Este hombre no tiene autoridad aquí!

—Estoy seguro de que míster Spigla desea ayudarnos —le dijo el policía a Callaghan, suavemente—. Sugiero que le permitamos a él mismo explicarse.

—Conforme. —Callaghan miró a Cesson, que parecía medio dormido—. Que empiece por la historia de su amistad con Chapman.

—Amistad superficial —rectificó Spigla enseguida—. Su-per-fi-cial. Le tenía visto en Los Ángeles: un muchacho rico que frecuentaba los espectáculos nocturnos. Yo me dedico al negocio de espectáculos, soy empresario, agente, según la ocasión. Por casualidad, una noche, volví a encontrarle aquí, en el Gran Casino. Charlamos, bebimos unas copas recordando lo de allá. Resultó, la conversación lo trajo, que Chapman quería comprar o arrendar un barco, un yate, por una temporada corta. Yo aguzo oídos siempre que alguien habla de comprar o alquilar; me digo: ¡comisión al canto! Fui, y le busqué el yate. Tuve la suerte de encontrarlo. Mil pavos al bolsillo. No he vuelto a ver a Chapman desde entonces. Si esto les sirve a ustedes de alguna cosa…

—¿Cómo te pagó Chapman la comisión?

—¿Chapman? La comisión la paga quien vende. Era una señora italiana, una gran señora, y me la pagó en dólares.

—¿Billetes?

—Sí.

—¿Diez billetes de cien dólares?

—¡Infierno, vaya y pregúnteselo a ella! Separó los billetes del paquete que le había entregado Chapman, ¡buen paquete! y me los entregó en propia mano. Yo no he robado nada a nadie.

Callaghan comenzó a decir algo, pero se interrumpió. Titubeó un instante. Dirigiéndose a Cesson y Laplaine dijo al fin:

—Lo siento, necesito hablar unos momentos a solas con este

hombre. Baja del coche, Jimmy.

—¡No! —exclamó Spigla—. ¡No lo consientan! Es capaz de…

Cesson ordenó con voz pastosa:

—Baja, ¡enseguida! Haga con él lo que guste, míster Callaghan —añadió—. A Laplaine y a mí nos vendrá muy bien fumar en paz un cigarrillo.

Murmurando juramentos el «*gangster*» se apeó. Era un hombrecillo consumido y miserable, cuya cabeza le llegaba a Callaghan poco más arriba del estómago. Cuando se hubieron alejado del coche, el T-man dijo:

—Ahora, Jimmy, vamos a hablar con claridad. Y recuerda que hay cuatro asesinatos de por medio.

—Yo no tengo nada que ver —refunfuñó Spigla.

—Aguarda, quiero proponerte un pacto. —Callaghan hablaba plácidamente—. He forjado una teoría, según la cual Tony Balazzo, cuando le echaron de los Estados Unidos y vino a Italia, tropezó con alguien que había proyectado un negocio colosal: falsificar dólares en gran escala, dólares grabados por un artista extraordinario llamado Nick Spartopoulos. Admito otra posibilidad: que el propio Tony planeara el negocio, después de haber encontrado a Spartopoulos, a quién habría conocido en América durante la época en que el griego vivió allí.

»Para el negocio se necesitaban diversas personas, entre, ellas una que no tuviera antecedentes penales y pudiera pasar por un joven rico, libertino y dilapidador. Tú estabas en Los Ángeles. Tony te encargó el trabajo. Reclutaste a Keith Chapman, a *Dandy* Graltz y no sé si a algunos más. Los billetes falsos empezaron a llover. La banda en pleno se trasladó a Europa, donde las operaciones eran mucho más fáciles. Pero Chapman, con su yate y su harén de muchachas bonitas, perdió el dominio de lo que estaba haciendo. El resultado es que ha muerto, y tras él una rubia espléndida llamada Heidi Terberg, y *Dandy*, y Spartopoulos. Quedáis, que yo sepa, Tony Balazzo y tú.

Spigla había escuchado con la boca abierta.

—¿Usted imagina que yo estoy metido en eso? —inquirió, atónito—. ¿En un negocio que le daba a Chapman para vivir como

vivía y del cual chupaban varios tíos más? ¡Mi madre! ¡Ojalá fuera verdad tanta hermosura!

Callaghan añadió fin perder la calma:

—El pacto que te ofrezco es el siguiente: dime el nombre de la persona que montó el tinglado y, a cambio, te dejaré fuera del asunto. Si callas, te juro que habrá tomate. Contaré a la policía francesa qué clase de tipo eres, cuántas toneladas de dinero necesitas para vivir, cuáles son las actividades que practicas con tu amigo Tony. Antes de media hora, la Costa Azul habrá dejado de parecerte un paraíso.

El hombrecillo se rascó nerviosamente la cabeza.

—¡Baladronadas! Tony ha montado en San Remo un *night-club. Yo soy su agente aquí. Todo legal.*

—Piénsalo, Jimmy.

—¡Todo legal! —repitió Spigla con desesperación.

—Está bien. Vamos, hablaré con ese simpático comisario Laplaine.

—¡Espere!

—No, Jimmy. Son cuatro asesinatos; cinco contando a la rubita que estaba con Chapman cuando *Dandy* le achicharró; seis muertos contando al moro que esta noche hemos encontrado aquí. El negocio se ha hundido. No puedo esperar.

—¡Pero yo no sé de eso una palabra!

—¡Tienes que saberla! ¿Quién es vuestro jefe?

—¡No lo sé! —dijo Spigla, sollozando—. ¡Yo no estoy en el asunto! ¡Lo juro! ¡Lo juro por mi madre!

Callaghan le agarró rudamente, le alzó en el aire sin apenas esfuerzo y le zarandeó como a un monigote.

—¿Es Tony Balazzo el jefe?

—¡No! ¡Déjame!

La voz del T-man se hizo más dura:

—¿Es acaso la condesa Fidelli? ¿Es Mariola Oggione? ¡Mira que la conozco, Jimmy! ¡Di la verdad!

—¡No sé nada!

Callaghan soltó su presa.

—Volvamos al coche.

Condujo a Spigla asido por el cuello. El hombrecillo no ofrecía resistencia, sólo lloriqueaba.

Poco antes de llegar, Callaghan hizo alto y dijo:

—Tu última oportunidad, Jimmy. Cuando haya hablado con los franceses te meterán entre rejas y empezará tu calvario y el de Tony. Pero conecta el disco y seguirás libre y considerado como un turista respetable.

—Es usted una maldita bestia —articuló el «*gangster*».

—¿Qué decides?

—Si quiere le diré una mentira para salir del paso. No puedo hacer más.

—Tu última oportunidad. Piénsalo.

—¡Váyase al diablo!

Cesson y Laplaine fumaban en el interior del coche.

—¡Me ha parecido —dijo mordazmente el primero—, que míster Spigla daba audibles muestras de dolor! Su llanto ha llegado hasta aquí.

Callaghan empujó violentamente al hombrecillo al asiento trasero.

—Está desconsolado —asintió—. Contaba con una temporada de buena vida en la Costa Azul gracias a los beneficios del negocio que ha montado en sociedad con su amigo Balazzo, y resulta que este negocio no es viable. —Miró a Spigla. El «*gangster*» se encogió sobre sí mismo y ocultó entre las manos el rostro—. Tony Balazzo y Jimmy Spigla son especialistas en el comercio de estupefacientes —prosiguió fríamente Callaghan—. En América operaban a través de la frontera de México, introduciendo marihuana de contrabando en los Estados Unidos. Aquí lo hacen a través de la frontera franco-italiana. Tony Balazzo está en San Remo, Spigla está en Niza. Espero, comisario Laplaine, que estas noticias le sean a usted de utilidad.

—Muy agradecido —dijo el comisario con simpatía—. Las noticias, ¿no es cierto, míster Spigla? nos serán de utilidad a los dos. A partir de esta noche míster Spigla se ahorrará el gasto de hotel; nosotros con sumo gusto le alojaremos gratis.

Jimmy Spigla no contestó.

Momentos después emprendían Callaghan y Cesson el regreso a Cannes a bordo del «*Vedette*».

—¿Le importa que eche un sueño por el camino? —preguntó el comisario.

—Preferiría hablar.

—No hay nada de qué hablar, míster Callaghan. Absolutamente nada, salvo en caso de que usted crea aún que ese mamarracho está relacionado con la falsificación.

—No lo creo.

—Entonces se acabó. Estamos dónde estábamos ayer después del asesinato de Chapman, con el agravante de que han muerto varias personas más y yo he agotado mis últimas energías. En adelante, cuando alguien me hable del Festival de Cannes procuraré hundirme en un letargo. ¿Ha pensado en lo bien que podríamos haber empleado el tiempo que hemos perdido? Si tiene ojos, y los tiene, ya sabe a lo que me refiero. Despiérteme cuando lleguemos a mi hotel.

Callaghan condujo unos momentos en silencio. Luego preguntó:

—¿Qué piensa hacer con Otto Moltke?

Pero ya no obtuvo respuesta. Abandonado en el asiento, echada la cabeza atrás, Cesson dormía.

A fin de cuentas, se dijo, habían transcurrido solamente veinticuatro horas desde el asesinato de Chapman. Los acontecimientos habíanse sucedido desde entonces en alud, pero ¿qué podía esperarse en plazo tan breve?

¿Y qué podía esperarse en un plazo más largo?

La banda de falsificadores, por decirlo a la manera de Cesson, había sido limpiada al vacío. Primero murió Chapman, con su rubita al lado; luego Heidi; luego *Dandy* Graltz, ejecutor de Chapman, y finalmente Spartopoulos.

¿Quedaba con vida alguien que hubiera conocido al jefe?

Si no quedaba nadie, ¿qué podía esperarse en un plazo cualquiera, largo o corto?

La limpieza había sido perfecta. El jefe de la banda podía ser vino de los 2500 millones de habitantes del Globo, uno indistinto, el vecino de al lado o el ciudadano de los antípodas; no había ya forma de determinar quién.

Y sin embargo…

Callaghan detuvo el coche y dio un codazo a Cesson.

—¡Eh!

El comisario despertó laboriosamente.

—¿Hemos llegado?

—Sí.

—Gracias. Buenas noches.

—Aguarde un momento. He estado pensando…

Cesson había abierto ya la portezuela.

—¡Santa Juana bendita! —gimió—. ¡No, por favor! No piense. No haga nada. —Se apeó del coche—. Relájese. Duerma. Buenas noches, míster Callaghan. Intentaré llegar despierto hasta mi habitación.

Callaghan, frunciendo el entrecejo, le vio alejarse y desaparecer en el hotel. Permaneció estacionado el tiempo de encender un cigarrillo. A continuación reemprendió la marcha camino del «Esterel Palace».

El encargado nocturno tenía para él, anotada en una hoja una curiosa lista: la de las llamadas de Geraldine Mills. Durante varias horas, como si no hubiera tenido otra cosa que hacer, Gerry había estado llamándole a intervalos que variaban de los veinte a los cuarenta minutos, Más tarde las llamadas habían cesado.

Callaghan sonrió.

—¿No ha habido hoy sesiones del Festival?

—¡Oh, sí, señor! —dijo el empleado—. Proyección de cortometrajes ingleses, una película alemana que ha tenido un gran éxito, recepción de gala de la delegación japonesa… Puedo facilitarle el programa de mañana, señor.

—Gracias, no es necesario.

Mientras subía a su habitación se preguntó Callaghan cuál sería su programa del día siguiente.

Despojóse, una vez arriba, de la chaqueta y la corbata. Sobre la mesa del gabinete tenía las botellas y vasos que pidiera la noche anterior, cuando el torbellino estaba todavía por desatarse. No había hielo, pero se preparó sin él un *high*-ball bien cargado.

En pie, con el vaso en una mano, descolgó con la otra el teléfono y marcó un número.

—Con el señor Phelps —pidió—. Sí, el señor Wilbur Phelps.

Hubo una larga pausa.

La voz impersonal de una telefonista declaró:

—El señor Phelps no contesta, señor.

Callaghan consultó su reloj.

—Insista, Estará durmiendo.

Otra pausa, y de nuevo la voz de la telefonista:

—Lo siento, señor.

—¿Acaso está ausente del hotel?

Una pausa breve.

—No, no está ausente, señor.

—Bueno, déjelo —gruñó Callaghan, impaciente. Titubeó unos segundos—. Póngame con la señorita Mills.

—Perdóneme, señor, pero la señorita Mills no recibe…

—No recibe comunicaciones, ya lo sé; excepto las mías. Soy Max Callaghan, su abogado. Dígaselo.

Otra pausa.

—Señor, la señorita Mills dice que no hace excepciones —anunció la telefonista—. Lo siento.

Callaghan apartó el aparato de su oreja y lo miró con asombro. Un relámpago semejó iluminar sus pupilas.

—¡Oiga! —exclamó—. ¿Está segura de que no se equivoca? ¿A qué señorita Mills ha llamado? ¿A qué habitación?

—Seis-cero-dos, señor; no me equivoco. ¿Usted quería hablar con la señorita Geraldine Mills?

—Si —dijo, Callaghan, con una vaga y tensa sonrisa—. Gracias, encanto.

Cortó.

Permaneció algún tiempo donde estaba, en pie junto a la mesa, inexpresivo el rostro, sorbiendo pausadamente su *high*-ball.

Cuando hubo terminado éste echó a andar resueltamente hacia el dormitorio, sacó del armario su maleta, la abrió, y de un compartimiento lateral extrajo una pistola metida en una funda de cuero de la que pendían cuatro correas.

Ciñendo las correas con movimientos maquinales se colocó la pistolera bajo el brazo izquierdo.

Desenfundó el arma, examinó el cargador, la montó y la volvió a enfundar.

Por último regresó al gabinete y se puso la chaqueta y la corbata de nuevo.

CAPÍTULO X

Hacía exactamente seis minutos que Callaghan esperaba, apoyado en la pared, cerca de la esquina, cuando un coche se detuvo en la calle y maniobró para entrar en el estacionamiento del hotel.

Tres hombres y dos mujeres se apearon riendo y hablando animadamente. Ingleses. Ellos tenían, los tres, el rostro ligeramente congestionado, y a ellas se notaba que les había desatado la lengua el alcohol.

Echó a andar, y en la puerta del hotel coincidió con el grupo. Les cedió el paso sonriendo. Le dieron las gracias. Una de las mujeres le miró de reojo.

Entraron juntos.

Uno de los hombres se dirigió al mostrador de recepción para recoger las llaves. Los demás, y Callaghan con ellos, continuaron hacia el ascensor. Hablaban de alguien llamado Harry. Reían.

Iban al tercer piso.

Callaghan notó que la mujer seguía mirándole de reojo, dedicándole ahora una disimulada sonrisa.

Salieron juntos.

Echó a andar en dirección contraria, hasta que un recodo del pasillo ocultó el grupo a su vista. Entonces se detuvo y esperó unos momentos. Luego retrocedió en busca de la escalera.

Sexto piso.

Gerry había hecho las cosas como correspondía a una estrella de Hollywood: a juzgar por el espacio que cubría, el número 602 era el de la «*suite*» principal del hotel.

Callaghan, pensativo, se restregó el mentón.

Sus planes, hasta entonces, no habían encontrado obstáculos que previamente no hubiera previsto y sabido cómo vencer.

Ahora tampoco los encontraron: cuando empuñó la manija de la

doble puerta y empujó, notó que la hoja se abría. No estaba cerrada con llave.

Entró cautelosamente y se encontró en el salón central. Las luces estaban apagadas, pero no así las de una habitación a la derecha, por cuya puerta entreabierta salía un ancho haz luminoso.

Se dirigió hacia aquella puerta caminando sin ruido.

Vio a Geraldine, que se hallaba en pie y le daba la espalda. Llevaba un vestido de gabardina color limón, miraba un baúl-ropero colocado junto a la cama, abierto y lleno de prendas de vestir.

Contemplándola, arrellanado en una butaca, unidas las manos bajo el mentón, estaba Wilbur Phelps.

Callaghan dio tres pasos más y entró en la habitación.

El agente de Bolsa hizo un movimiento brusco. Pero observó, de pronto, que el T-man tenía una pistola en la mano, y se quedó inmóvil, fijando en él una mirada atónita.

Geraldine dio media vuelta.

—¡Max! —exclamó.

En su voz había sonado una leve nota de histerismo.

—Me pregunto —dijo Callaghan calmosamente—, qué tonterías pueden ocurrírsele a un hombre cuando está dominado por el terror. Sé de algunas. He venido para conocer las restantes.

Hubo un tenso silencio.

—Bien, señor Callaghan. —Phelps hizo un esfuerzo para articular las palabras—, creo que esto necesita una explicación. Estas habitaciones…

—¿De veras quiere una explicación?

El agente se estremeció.

—Quiero decir…

Geraldine le interrumpió nerviosamente:

—Vámonos, Max. Sácame de aquí, por favor, ¡sácame de aquí! ¡No quiero verle más! ¡Está loco!

Callaghan sacudió la cabeza.

—Tranquilízate, nena. Phelps, la explicación es sencilla: he venido a detenerle. Pesa sobre usted una montaña de acusaciones. Empiezan con falsificación de moneda. Terminan con cinco asesinatos.

Geraldine lanzó un grito.

—Es… grotesco —mascullo el agente de Bolsa.

—¿Por qué grotesco? Diga trágico y acertará. Hizo usted esfuerzos desesperados, esta mañana en la playa, para orientar mis sospechas hacía dos personajes elegidos con un sentido muy inteligente de la oportunidad; dos personajes que evidentemente, podían estar relacionados con la falsificación y el asesinato de Chapman. Uno era Otto Moltke, antiguo espía alemán, quien, por cierto, dudo que en su vida haya visto a Chapman; otro era Jimmy Spigla, un viejo bottlegger que usted sabía, aunque se guardó bien de decirlo, que se encontraba actualmente en la Costa Azul. Pero sus esfuerzos, Phelps, no le han servido nada.

—¿Debo aguantar esto y verme amenazado por un arma en pago de haberle prestado ayuda?

—¡En pago de narices! La ayuda fui yo quien se la prestó a usted. Cometí el error de nombrarle a *Dandy* Graltz, revelándole así que había identificado al ejecutor del asesinato de Chapman. Su detención era cuestión de horas. Naturalmente, usted se apresuró a cerrarle para siempre la boca, como a Chapman se la había cerrado…

—¡Max! —dijo Geraldine, horrorizada—. ¿Ha matado él a esa gente? ¿Él, Wilbur, él mismo?

—La ha matado o la ha hecho matar, nena. ¿Qué era lo que preparaba aquí? ¿Un viaje?

—¡Está loco! Me ha obligado a hacer el equipaje. Nos íbamos a marchar esta misma noche, dentro de media hora; así, sin despedirnos, Max, en secreto, en pleno Festival, ¡y para casarnos! Yo… yo no me atrevía… No podía…

—¿Para casaros?

—Sí, Max, eso dice.

—¿Te ha impedido él hablarme por teléfono?

—¡Naturalmente! ¡Oh, todo el día, todo el día llamándote, y a última hora…!

—Una mujer no puede declarar contra su marido —dijo bruscamente Callaghan—. Nena, ¿qué es lo que sabes tú de él?

Geraldine dio un paso atrás.

—Quieres decir que… que sus prisas por casarse…

Su débil voz quedó ahogada por la inesperada risa de Phelps,

metálica, chirriante.

—Ella me vio la madrugada pasada con Heidi Moltke —declaró débilmente. Su rostro se había transfigurado. Sus ojos eran duros como, diamantes. Sus labios dibujaban una sonrisa lasciva—. Me he enterado a tiempo de que era para contarle esto por lo que le llamaba a usted con tanta insistencia.

Callaghan respiró profundamente.

—El pobre Wilbur se quita la máscara, ¿eh?

—¿Qué importa ya? Entre unos y otros me han hundido. No estoy loco como ella dice; estoy lo bastante cuerdo como para saber que no me queda ninguna esperanza.

—Debió pensar eso antes de matar a cinco personas.

Phelps se encogió de hombros.

—Callaghan, si algún día deja usted de ser un simple funcionario y adquiere categoría, prestigio y posición social, no trate nunca de conservarlos burlando la Ley; se encontrará en una pendiente que le hará caer hasta abismos en los que jamás hubiera soñado. El crimen es para los criminales.

—¿Y usted qué es?

—Un cobarde, un hombre débil. Ahora, una ruina.

—Max —preguntó Geraldine—, ¿mató él a aquella muchacha?

—Conteste —dijo Callaghan.

Phelps fijaba la vista en el vacío.

—Sí, la maté yo.

—Ignoraba que conociese a Heidi Terberg.

—¡Oh, le he dicho que me han hundido entre unos y otros! El canalla de Chapman, el imbécil de *Dandy*… Aquella condenada mujer se había liado con *Dandy*. Era fisgona, lista como el diablo. Consiguió averiguar lo que *Dandy* estaba haciendo, de dónde sacaba el dinero, quién era yo. Pero tenía además sus propias ideas. Me llamó anoche, cuando acababa de regresar al hotel después de hablar con usted. ¡Infiernos! Quería verme. No tuve más remedio que salir a reunirme con ella. Me esperaba ante el hotel, y Geraldine nos vio desde la terraza antes de que nos metiéramos en mi coche…

—¿Pero qué era lo que Heidi pretendía?

—Fue una pesadilla. —Phelps se restregó el rostro con ambas manos—. Esa mujer deliraba. Me habló de su marido, me contó una historia alucinante. Tenía metida en la cabeza la idea de que era su

marido quién había en realidad montado el negocio, pensaba que *Dandy* y yo no hacíamos sino trabajar para él. Sabía que *Dandy* había matado a Chapman, de modo que no podía echarse atrás, pero quería qué yo, ¡yo! le fuera con el cuento a usted y delatara a su maldito marido. ¡Le digo que deliraba, Callaghan! No sé exactamente lo que pasó… Perdí el tino. Tenía la pistola en el coche, y antes de darme cuenta la había matado.

—Pero usted conocía a Otto Moltke. Esta mañana me lo ha descrito en esa escena imaginaria a bordo del yate…

—No, yo no. *Dandy* le conocía, la mujer se lo había mostrado. Fue él quien me lo describió a mí.

—Y a *Dandy*, ¿le ha matado por lo que yo le dije en la playa?

—Fue horrible —asintió Phelps. Su voz se volvía ronca por momentos—. No sé cómo pude… Tuve que reducirle para impedir que gritara. Le he matado por lo que usted me dijo, y porque el saber que yo había hecho aquello con la mujer le puso fuera de sí. Fue horrible, créame.

—Horrible —repitió despectivamente Callaghan—. Por ello volvió a repetir la experiencia con Spartopoulos.

—¿Han encontrado la imprenta?

—Sí.

—Era el final. Todos estaban muertos, nadie podía relacionarme con lo que había pasado. Y cuando he vuelto a Niza y me he encontrado con que Geraldine… ¡Oh, condenación! ¡Tenía celos! ¡Me había visto salir con aquella mujer y tenía celos! ¿Dice usted que no es grotesco, Callaghan? ¿Qué explicación quería usted que le diese? No se ha publicado ni una palabra sobre el asesinato de la mujer, pero tarde o temprano… Y entonces ella comprendería…

Phelps calló.

Callaghan balanceaba ligeramente la pistola en su mano.

—¿Por qué se metió usted en esto?

—Porque no tenía otra solución. —El agente de Bolsa suspiró—. Estaba arruinado, iba a arrastrar a mis clientes conmigo, a hundirme en el fango, a desprestigiarme, a perderlo todo… Todo, incluida Geraldine; ya ve. Había especulado con fondos que no eran míos. En cierta ocasión, tiempo atrás, me serví de Spartopoulos para un asunto delicado, y él me demostró lo que era capaz de hacer. Pensé en ello cuándo la necesidad me acució. Nos pusimos en

contacto. Empezamos. Cuando vi lo bien que resultaba la cosa pensé que podía llevarla mucho más lejos…

—Imbécil —dijo secamente Callaghan.

Era lo único, absolutamente lo único que en aquel momento se le ocurría decir. Lo único que pensaba.

Pero no por ello dejó de mantener encañonado a Phelps mientras descolgaba el blanco teléfono de la cabecera de la cama para llamar a la policía.

Ante los ojos atónitos del barman negro sacó Callaghan del bolsillo un manojo de billetes de cien dólares y los arrojó descuidadamente al aire. Cayeron al suelo revoloteando.

—Éstos son falsos y no tiene mérito —dijo, mirando a Geraldine a los ojos—; pero haría lo mismo, exactamente lo mismo si viniera a mis manos todo el dinero que has ganado desde que te marchaste a Hollywood.

Ella levantó su *high*-ball. Llevaba muchos dentro, tantos como él; ambos habían perdido la cuenta.

Rió.

—Sé que lo harías, Max. Y me gustaría vértelo hacer. Significaría echar al aire tantas cosas…

—Tu vida entre ellas.

—No, Max.

—Tu vida —repitió Callaghan. Apuró de un trago el contenido de su vaso—. El éxito, la admiración del mundo, los periodistas, los cazadores de autógrafos, los coleccionistas de *pin*-ups los *bikinis* rojos en la playa de Cannes… Sírveme otro, muchacho.

—Otro para mí —dijo la joven. Sus ojos chisporroteaban—. Max, una tiene que probar las cosas para saber si le gustan o no. Probarlas y compararlas. Ayer, cuando entré aquí y te vi esperándome con el vaso en la mano, como me habías esperado tantas veces para ir a bailar a la Tercera Avenida, la comparación terminó. Bueno, terminó todo. Y fue ayer, no hoy, cuando la porquería de este mundo ha reventado ante mis narices. —Geraldine extendió la mano y la posó sonriendo sobre, la de él—. Max, llévame contigo a Nueva York cuando vuelvas…

Sonó el campanilleo del teléfono.

El negro atendió la llamada. Luego ofreció a Callaghan el

aparato.

—Su conferencia con Washington, señor.

—Van Urk al habla. —La voz llegaba desde el lejano despacho 1023 del edificio de la Tesorería—. ¿Eres tú, Max? ¡Empezaba a impacientarme!

—Soy yo —respondió Callaghan—. ¿Dijiste algo sobre noticias sensacionales la última vez que hablamos?

—Por supuesto que lo dije.

Geraldine descendió del escabel.

—Perfectamente, ahí van. Los billetes los fabricaba Spartopoulos en una casa de campo cerca de Niza. —Callaghan rodeó con su brazo los hombros de la muchacha y la atrajo hacia sí—. La imprenta ha sido descubierta. El griego ha muerto. —La mano de Geraldine acariciaba su mejilla—. *Dandy* ha muerto.

—¡Cuerno! ¿Pero no quedamos en que Otto Moltke…?

—De eso no hay nada, Matt.

—Entonces, ¿quién dirigía el negocio?

—Un pobre tío. Un asqueroso asesino cobarde como un ratón. Un agente de Bolsa de Los Ángeles llamado Wilbur Phelps. Uno que pensaba casarse con una estrella de cine. ¿Quién piensa en semejante disparate?

—¿Qué estás diciendo?

Geraldine se empinaba sobre las puntas de los pies.

—Estoy diciendo…

—¿Qué diantre de sonido ha sido ése? —exclamó Van Urk.

—¿Se ha oído en Washington? —rió Callaghan alegremente—. Ha sido un beso, Matt. —Se inclinó hacia la muchacha y murmuró —: Mi pésame, nena.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Porque una estrella acaba de morir. Sospecho que ahora nace la señora de Callaghan…

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS




N.º 959 Uno de los primeros éxitos cinematográficos de este novel actor, lo constituye "Juzgado por el mundo". Robert en la actualidad cuenta 29 años de edad y posee gran experiencia teatral. Foto COLUMBIA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain